

GUILLERMO LORA

**PROLETARIADO
Y
NACIÓN OPRIMIDA**

Ediciones Amauta

La Paz - Bolivia

1980

ÍNDICE

I- Consideraciones generales

| | |
|---|----|
| Nación oprimida | 3 |
| El proletariado de los países atrasados | 4 |
| Proletariado y nación oprimida | 6 |
| Los explotados en el Siglo XIX | 7 |
| Las ideas socialistas | 10 |

II- El problema entre 1900 a 1940

| | |
|--|----|
| La clase obrera y liberalismo | 12 |
| Indicios de la independencia clasista | 16 |
| Ensayos de organización política independiente | 19 |

III- De Pulacayo a la Asamblea Popular

| | |
|--|----|
| La experiencia de 1943 a 1946 | 27 |
| Significación de la Tesis de Pulacayo | 31 |
| El proletariado líder de la nación oprimida | 33 |
| Diferenciación del proletariado con los gobiernos movimientistas | 35 |
| La Asamblea Popular | 37 |

POLETARIADO Y NACIÓN OPRIMIDA

I

CONSIDERACIONES GENERALES

1 NACIÓN OPRIMIDA

Bolivia es un país atrasado debido a que importantes tareas democráticas permanecen incumplidas y el capitalismo adquiere la fisonomía de economía combinada; sin embargo integra la economía mundial y soporta sus leyes. Sus particularidades nacionales, que determinan, la estrategia revolucionaria (Trotsky), no son más que la refracción de aquellas leyes en un contexto económico social primitivo (L. Trotsky, "LA REVOLUCIÓN PERMANENTE"). Pese a su lento desarrollo, a su atraso cultural, a sus particularidades, a su relativo aislamiento con referencia a las corrientes ideológicas, no escapa, no le está permitido hacerlo, a la internacionalización de la economía y de la cultura, que constituye signo dominante en la época del capitalismo mundial. El mundo está unido pese a las fronteras nacionales, afirmadas en esta época.

En medio de la descomposición del imperialismo se impone saber diferenciar con nitidez a la nación oprimida de la nación opresora (Lenin insistió en este concepto, "Ver "LOS CUATRO CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA"), lo que nos permite comprender las particularidades de la revolución en los países atrasados y su peculiar mecánica de clases. El papel de la burguesía a nacional, por ejemplo, no debe confundirse con el cumplido por la clase dominante de la metrópoli imperialista.

El que para un país el capitalismo se hubiese presentado como fuerza invasora y no como producto de su desarrollo interno, supone su estructuración conforme a los intereses anti-nacionales de la metrópoli imperialista. Para el capital financiero un país atrasado es fuente de materias primas y mercado, el control por aquel de su economía se traduce en opresión política y el Estado deja de ser soberano para obedecer a la metrópoli (Lenin "EL IMPERIALISMO..."; Rosa Luxemburgo, "LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL"). En cierta medida el imperialismo usurpa económica y políticamente a la burguesía nacional, a veces inexistente.

La opresión imperialista es nacional, la soporta el conjunto del país. La nación oprimida está formada por el conjunto de las clases oprimidas por la metrópoli, importando poco que asuman o no una actitud de resistencia al enemigo foráneo. Bajo el predominio capitalista la revolución sólo puede ser mundial y socialista y ya no es posible catalogar a los países en maduros económicamente o no para la

revolución proletaria. Los países atrasados deben cumplir dos grandes tareas: la liberación nacional y la revolución agraria, objetivos nacionales y no estrictamente proletarios (PROGRAMA DE LA CUARTA INTERNACIONAL).

Casi todos los marxistas están de acuerdo que hay que diferenciar a la nación oprimida de la opresora, la excepción es la de los que pregonan la revolución puramente socialista, por considerar que no hay tareas democráticas pendientes.

Las divergencias surgen cuando se trata de la mecánica de clases dentro de la nación oprimida y del rol que ésta jugará en la revolución, que entroncan en la concepción de la economía mundial. ¿Debe considerarse al país atrasado parte de la economía mundial, en inter-relación con sus demás componentes o sólo como un agregado pasivo, un ocasional vendedor y comprador? Las respuestas que se den llevan implícitas las concepciones sobre el comportamiento de la nación oprimida.

La "TESIS DE PULACAYO" caracteriza, por primera vez, a Bolivia como país capitalista atrasado y formula la finalidad estratégica de la revolución y dictadura proletarias, que no tardó en dividir en dos bandos a los presuntos marxistas. Revolucionó a las corrientes socialistas que se habían formado en la pre-guerra chaqueña bajo la influencia de la Tercera Internacional.

Dicho documento, al señalar la economía boliviana como combinada y subyacentemente a la opresión imperialista como nacional, formuló la premisa de que la revolución proletaria no sería exclusivamente obrera, sino hecha por la nación oprimida y que las fuerzas motrices de la revolución eran el proletariado y campesinado, por lo que insiste en la alianza obrero-campesina.

El trotskismo, concretización de las leyes de la revolución en los países atrasados (teoría de la revolución permanente), utilizó el materialismo histórico para elaborar la teoría de la revolución boliviana. Las conclusiones generales del Programa de Transición debían aún ser aplicadas a la realidad nacional, a las particularidades bolivianas, para decirlo de manera precisa (Lora, "FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA BOLIVIANA"; "CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA POLÍTICA DE BOLIVIA").

2

EL PROLETARIADO DE LOS PAÍSES ATRASADOS

Los socialistas se diferencian entre sí al formular si la burguesía nacional es revolucionaria o si se ha desplazado ya a una posición conservadora. La revolución por etapas, común al stalinismo y al nacionalismo, al considerar incorrectamente que las condiciones objetivas o económicas han madurado sólo para hacer posible la revolución burguesa, relega a un segundo plano al proletariado y otorga a la burguesía nacional un rol preponderante, partiendo del supuesto de que las tareas democráticas deben ser naturalmente cumplidas por ésta.

La posibilidad de la revolución proletaria está determinada por la madurez de las fuerzas productivas, dentro de este marco la clase obrera vive su propia experiencia en el empeño de forjar su conciencia clasista, lo que le permitiría materializar la ley histórica que emerge del proceso social (C. Marx, "CRÍTICA DE LA ECONOMÍA

POLÍTICA”; “MANIFIESTO COMUNISTA”). De la misma manera que nos incorporaron desde fuera a la economía mundial y nos impusieron una particular división internacional del trabajo, también nos han hecho madurar compulsivamente, con ayuda de la palanca mundial de las fuerzas productivas, para la revolución proletaria (Trotsky, “LA REVOLUCIÓN PERMANENTE”, “HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA”). Las fuerzas productivas son internacionales.

La caducidad de la burguesía nacional para el cumplimiento de sus propias tareas, consecuencia del atraso del país que no tuvo un pleno desarrollo capitalista capaz de generar una vigorosa y revolucionaria clase asentada en la gran propiedad privada, potencia políticamente a la minoritaria clase obrera, que se ve obligada a tomar en sus manos, además de sus propias tareas, las que corresponden a aquella. V. I. Lenin decía que la revolución democrática sería realizada por obreros y campesinos contra la burguesía (Lenin, “DOS TÁCTICAS...”)

El proletariado (minoritario o no, mejor o peor pagado) es revolucionario por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, por no ser propietario de los medios de producción, porque al verse obligado a tomar en sus manos las tareas democráticas les imprime una insospechada proyección que tiende a romper el marco capitalista. Es el desarrollo de las fuerzas productivas, de la misma sociedad, el que le asigna la tarea de acabar con el régimen de la propiedad privada y de abrir la perspectiva del socialismo. Su carácter revolucionario no proviene de su mayor o menor grado de miseria y ni siquiera de la mayor o menor gravedad de la opresión que soporta. El proletariado de un país atrasado es igualmente la clase revolucionaria por excelencia.

Decir que la clase obrera es la única revolucionaria por excelencia no significa sostener que solamente ella puede rebelarse contra el estado de cosas imperante, pues no puede ser la primera que incie esa rebelión. Se quiere subrayar que es la única que puede encauzar esa rebelión hacia la destrucción del capitalismo, referencia obligada para saber si una clase es o no revolucionaria. La vida diaria está llena de actos de subversión opuestos al régimen imperante y protagonizados, por ejemplo, por el campesinado o por sectores de la pequeña burguesía citadina, que ya no pueden soportar las condiciones impuestas por la clase dominante. Pero, esta subversión en alguna forma busca poner a salvo la propiedad privada, defiende algo en la sociedad presente o en el pasado precapitalista, en esta medida tales actitudes concluyen en una política conservadora o coadyuvan a ella. Son actitudes revolucionarias y no una política contraria a la propiedad privada, por tanto revolucionaria.

La clase obrera no se limita a rechazar todo movimiento de masas con el argumento de que forma parte de la reacción; si bien no es capaz de destruir, por sí solo, la propiedad privada, su fuerza explosiva puede servir para la victoria de la estrategia proletaria. Apoyándose en las masas en general, convirtiéndose en su dirección política, la clase obrera puede actuar como portavoz nacional, como corresponde a quien va a consumir la revolución. (Ver Marx-Engels, “OBRAS ESCOGIDAS”; Trotsky, “LA INTERNACIONAL COMUNISTA DESPUÉS DE LENIN”). Toda revolución social es siempre mayoritaria.

La alianza obrero-campesina, entre dos clases con intereses diferentes aunque no opuestos, al menos antes de la conquista del poder por el proletariado, importa que éste se convierte en caudillo de la nación oprimida. No es un pacto entre potencias

iguales o una dirección compartida por dos clases, sino que se trata de que el proletariado arrastra detrás de sí a la mayoría nacional. Es rasgo diferencial de la clase revolucionaria el que sus planteamientos coincidan con los intereses nacionales y que sea la más capaz para expresar adecuadamente estos últimos. El proletariado no oculta su estrategia, sino que ésta se convierte, más bien, en el camino que puede permitir la efectiva solución de las grandes tareas nacionales.

3 PROLETARIADO Y NACIÓN OPRIMIDA

Lenin enseñó que el proletariado, llamado a liberar a la nación oprimida, tiene que liberarse en el seno de ésta. Se trata del desarrollo de la conciencia de clase del asalariado. El pensamiento de Marx sobre el proletariado actuando como instrumento de las leyes de transformación de la sociedad, vale decir de las leyes de la historia, quedó sintetizado así: "el proletariado será revolucionario o no será".

La presencia del proletariado como clase modifica profundamente todo el desarrollo histórico, el papel de la nación oprimida y la función de las clases sociales en su seno. Una clase obrera altamente diferenciada de la masa de trabajadores, con objetivos e ideología propios, es consecuencia, en último término, del desarrollo de las fuerzas productivas, que plantea el problema de la conciencia de clase (formación del partido político), que, a su turno, es prueba del suficiente grado de madurez de las fuerzas productivas para la revolución proletaria.

El cumplimiento de la revolución proletaria sólo se dará cuando el proletariado logre erigirse en caudillo nacional, forma en que se da la madurez del protagonista de aquella. La estructuración del proletariado como clase constituye requisito sine qua non para que la nación oprimida actúe como instrumento de las leyes imperiosas de la historia. Trotsky escribió: "El movimiento de las razas de color contra sus opresores imperialistas es un de los movimientos más importantes y poderosos contra el orden existente, y reclama un apoyo completo, incondicional e ilimitado por parte del proletariado de raza blanca".

Tratándose de las naciones aymara, quechua, etc., es el proletariado el que puede dirigir las hacia su emancipación, hacia su autodeterminación, lo que prueba que no puede limitarse a considerar como reaccionario todo movimiento protagonizado por esas mayorías oprimidas.

El desarrollo de la conciencia de clase del proletariado boliviano se da en relación con la nación oprimida, pues toda su historia no es otra cosa que la historia de su diferenciación dentro del gran conglomerado nacional y con referencia a sus diversos componentes. A medida que se va transformando, la clase obrera por acción del partido (programa), aquella modifica el rol de la nación oprimida en el proceso de transformación de la sociedad.

Resulta evidente que la burguesía nacional o su sucedánea pequeño-burguesa tienen limitadas posibilidades para proponer la realización de las tareas democráticas en el marco capitalista, que guarda conformidad con sus intereses generales (Trotsky, "SOBRE LA LIBERACIÓN NACIONAL", Lora, "ACERCA DE LA BURGUESÍA NACIONAL").

Normalmente la nación oprimida aparece acaudillada por la burguesía, inclusive al movilizarse tras el logro de objetivos que pueden aparecer progresistas. Las ideas oficiales son las burguesas y penetran por todos los poros en la nación oprimida y se apoderan de ella. Marx acotó: las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante. Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa sólo el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida" ("MANIFIESTO COMUNISTA").

Cuando la nación oprimida se moviliza bajo dirección burguesa, el proletariado está ideológica y políticamente sometido a ella, se encuentra disuelto en el seno del gran frente nacional, incapaz de expresar sus propios objetivos históricos hace suyos los de otras clases y esos falsos ejes le sirven para marchar. No es que deje de luchar, de agitarse, de actuar, de ser protagonista de los acontecimientos, sino que esa participación en los sucesos lo hace dentro de la política de una clase extraña. El proletariado que está disuelto en la nación oprimida no es aún el proletariado revolucionario, se trata de una tendencia que no ha tenido tiempo ni ocasión de realizarse. La revolución democrática está cortada a medida para una nación oprimida dirigida por la burguesía. La colaboración del proletariado a la dirección burguesa se torna una realidad palpable, aquel no ha tenido oportunidad para expresar su ideología propia.

La posibilidad de que se efectivice la dirección política proletaria sobre la nación oprimida pasa por la construcción del partido, pues será el resultado de la evolución de la conciencia de la clase obrera, que no sólo tendrá que liberarse de la influencia burguesa, sino que tendrá que fijar su propia finalidad estratégica, que debe convertirse en el camino que conduzca a la liberación de toda la sociedad.

La victoria de la revolución depende de que el proletariado se erija en caudillo nacional. Se trata del problema cardinal de la transformación de la sociedad, sin cuya efectivización no puede darse.

4

LOS EXPLOTADOS EN EL SIGLO XIX

Esta etapa puede dividirse en dos con referencia a la presencia o no del proletariado en el escenario nacional. Durante gran parte de ella está virtualmente ausente el asalariado y el país se debate pugnando por encontrar los canales que le permitan aprovechar los avances del capitalismo. La mayoría nacional explotada y sobre la que se descarga la obligación de mantener económicamente al aparato estatal, está conformada por los campesinos, arrastrando condiciones de vida y de trabajo serviles, y por los artesanos. En los últimos decenios se produce la invasión del capitalismo, que motiva la aparición de los primeros núcleos proletarios y que va a modificar la estructura y la historia bolivianas (Dalence, "BOSQUEJO ESTADÍSTICO DE BOLIVIA"; Rojas "HISTORIA FINANCIERA DE BOLIVIA"; Peñaloza, "HISTORIA ECONÓMICA DE BOLIVIA").

La historia de esa época puede resumirse en las luchas protagonizadas por los círculos de la clase dominante vinculados al capital comercial y los esfuerzos que hicieron para poder acaudillar a la mayoría nacional, a fin de imponer sus propios objetivos y que coincidían con el plan de desarrollar al país dentro del marco capitalista. Las luchas de los liberales contra los conservadores y de los librecambistas contra los proteccionistas, que subyacen en los acontecimientos de un período dominado por el caudillismo, uniformado o no, aunque los primeros fueron los que mejor expresaron las luchas por estructurar el gran Estado boliviano, cuya frustración fue consecuencia de la debilidad y desintegración de la clase dominante, que venida de un pasado decadente no pudo ser superada por la aparición de una vigorosa burguesía. El caudillismo demostró el rezagamiento en el desarrollo boliviano. La estructuración del gran Estado, consigna de todas las revoluciones burguesas, no pudo menos que aparecer como la negación del caudillismo, coronación de la estabilidad política, social y jurídica.

El liberalismo, cuyo primer núcleo, el partido Rojo de Linares conspiró sin tregua contra el proteccionista y popular Belzu, estuvo decidido a acabar con el caudillismo, signo del atraso y de la barbarie, porque tomó en serio su papel de poner en pie un poderoso Estado burgués; esto explica que hubiese colocado en el frontispicio de la enunciación de sus principios (proclamó ser el primer movimiento principista) el lema de "Orden dentro de la Ley". El general Eliodoro Camacho, él mismo un conspirador, resumió así su pensamiento: "Procuraré la subordinación militar a la sociedad civil, como condición esencial de las instituciones libres; y a vosotros os consta, cómo puse la base real de esta doctrina el 27 de diciembre de 1879, siendo yo revolucionario pero matando al mismo tiempo las revoluciones y extirpando el pretorianismo, con solo haber rechazado la investidura presidencial por el ejército, que se me venía por derecho consuetudinario, y declarando que es el pueblo, no las revoluciones, quien debe proclamar al Jefe Supremo del Estado... He aquí la razón por qué ese partido (el Liberal) ha tomado como piedra fundamental de su programa y lema de su bandera, el orden en la ley, en contraposición al orden en el despotismo que impunemente proclaman sus adversarios, y constituyéndose en el más firme sostén de la paz pública" (Cornejo, "PROGRAMAS POLÍTICOS").

Si tomamos en cuenta que la mayoría nacional estaba conformada por campesinos y artesanos, se tiene que convenir que ninguno de ellos podía ofrecer la superación del modo de producción precapitalista y que no podía consistir en otra cosa que no fuera la generalización de la producción de mercancías, esto porque estaban vivamente interesados en su mantenimiento, consecuencia de su pasado y de su presente, carecían de porvenir. El progreso se encarnaba en las tendencias liberales, que buscaban el entroncamiento del país en la economía capitalista, que necesariamente llegaría como fuerza invasora, de esta manera el partido más atrevido e innovador en sus planteamientos se convirtió en entreguista y extranjerizante (Baptista, "OBRAS").

La lucha campesina por la tierra y contra la explotación venía de lejos, perdida en el tiempo. No podían ambicionar la construcción de una sociedad partiendo de sus objetivos de siervos o pequeños propietarios; no podía aparecer una sociedad campesina. El desarrollo histórico preparaba las condiciones para que el alzamiento en el agro permitiese la victoria de un sector burgués; el campesino no podía erigirse en dirección de las otras clases sociales, pues él mismo no expresaba políticamente sus intereses generales. Marx: "Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas

relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos... Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma... Son, por tanto incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre..." ("18 BRUMARIO"). Y León Trotsky: "...la imposibilidad de fundar en una sociedad capitalista un partido campesino que posea un papel independiente, un partido que exprese los intereses del campesinado y sea al mismo tiempo independiente del proletariado y de la burguesía.... Tanto en el curso de las revoluciones burguesas como durante las contra-revoluciones, a partir de las guerras campesinas del siglo XVI e incluso antes, el campesinado, representado por sus diversos estratos, representó un considerable papel, a veces decisivo. Directa o indirectamente, sostuvo siempre a una fuerza política contra otra. No constituyó jamás por sí mismo una fuerza con valor intrínseco, capaz de resolver los problemas políticos de orden nacional". ("LA I.C. DESPUES DE LENIN").

Cuando campesinos y artesanos se movieron bajo la dirección de caudillos proteccionistas lo hicieron defendiendo sus intereses, pero su orientación política era conservadora.

El belcismo fue importante corriente e ingresó a la historia como posición política de gran peso por ser popular y expresar los deseos de la mayoría nacional. Al intentar inútilmente cerrar las puertas del país a las mercancías de Inglaterra repudió todo lo extranjero y se tomó nacionalista, relievó los valores autóctonos. Los indigenistas pueden invocar a Belzu como a uno de sus antecesores, como lo hizo el Movimiento Nacionalista Revolucionario, aunque éste formuló el desarrollo dentro del capitalismo (Cortés, "ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE BOLIVIA").

La oscura fuerza del alzamiento era temida por todos, hasta por el belcismo, que buscaba la participación políticamente controlada de las masas en su proyectada democracia, evitando que se hiciesen justicia con sus propias manos. Los caudillos no utilizaron los lazamientos para llegar al poder, casi todos ellos vivían de la servidumbre. El artesanado, obrero no proletario, por su naturaleza pequeñoburguesa y por ser herencia del pasado demostró no ser capaz de desarrollar una política independiente y menos como dirección de las masas. Fue contingente electoral y carne de cañón al servicio, unas veces, de sus defensores y, las más, de sus enemigos, como el liberalismo que buscaba el capitalismo, es decir, la destrucción del artesanado. Los explotados de la ciudad contribuyeron al encumbramiento de los sectores procapitalistas, lo que determinó su ruina, condenados a proletarizarse, a desintegrarse en la miseria, sin llegar a ser clase revolucionaria, caudillo nacional.

El proletariado apareció como criatura engendrada por el capitalismo invasor. Los primeros núcleos (últimas décadas del siglo XIX y principios del XX) no se diferenciaron con nitidez del conglomerado de trabajadores, no atinaron a expresar sus propios intereses y el desarrollo limitado de la producción capitalista no permitía hacerlo. El proletariado incipiente comenzó luchando al servicio del liberalismo, que estaba empeñado en derrotar a los conservadores. Comenzó luchando contra los enemigos de sus enemigos (Lora, "HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO").

En la segunda mitad del siglo XIX, el liberalismo, cuya avanzada entroncaba en el capital comercial y buscaba la internacionalización del país, fue conquistando gradualmente el liderazgo de la mayoría (campesinos, artesanos, proletarios). En esta movilización mayoritaria, que concluirá en la revolución federal, el proletariado se encontraba

disuelto en las multitudes que hicieron suyas las consignas del Partido Liberal. Predominaba el modo de producción precapitalista y los proletarios estaban seguros que no podían jugar un rol independiente, que les correspondía apoyar a la avanzada proburguesa en su trascendental combate contra la aristocracia terrateniente. El liberalismo se estaba perfilando como una feudal burguesía, expresión de la economía combinada.

El que el proletariado se hubiese empeñado en el encumbramiento de la feudalburguesía que no tardó en usar la violencia para mantenerlo en su condición de explotado, no puede ser utilizado como justificación de la tesis stalinista en sentido de que se trata de una clase incipiente, que aún debe desarrollarse demográfica y políticamente. La economía combinada genera un proletariado minoritario, pero políticamente radical e hipertrofiado.

No estaban dadas las condiciones económicas para la aparición de la conciencia de clase, no aparecieron las grandes concentraciones mineras, aún faltaba la concentración de la propiedad y del capital en la industria extractiva; en las ciudades el artesanado asfixiaba al raleado proletariado que asomaba la cabeza, aun en las escasas imprentas modernas. El sindicalismo comenzó siendo la cobertura novedosa bajo la cual siguieron actuando los gremios. La propaganda socialista, difundida por lo jóvenes liberales, no encontró al asalariado, sino a los artesanos, que monopolizaban las actividades sindicales y políticas. La ciencia no pudo fusionarse con la clase, ésta no había madurado para permitirlo. Los portadores del socialismo no habían aguzado debidamente los instrumentos capaces de ayudar a transformar a la clase.

Los obreros gráficos, culturizados por su contacto con las ideas, fueron por mucho tiempo la avanzada del sindicalismo y del socialismo. La Internacional Comunista reclutó entre ellos a sus mejores elementos (Moisés y Waldo Alvarez, Arturo Segaline, han escrito sobre los obreros gráficos).

5 LAS IDEAS SOCIALISTAS

El socialismo boliviano muestra las huellas de su formación, de los caminos extraviados que ha recorrido; tiene su historia y en su presente asoma imponente el pasado de sus primeras luchas.

En las revoluciones europeas de 1830-48 participó el joven proletariado y el "fantasma del comunismo" ocupó el escenario. La clase dominante criolla, bajo la influencia de los intelectuales interesados en las cosas y curiosidades de París, se hizo eco del terror ante la posibilidad de que el "fantasma" destruyese la propiedad. Las avanzadas de la clase gobernante y hasta las clericales despertaron el interés de los explotados por el socialismo. Para esto fue necesario que éstos se viesan ganados por la ansiedad de encontrar nuevos caminos y por la creciente desconfianza frente a su dirección tradicional.

Belzu, protector de los artesanos, no ocultó su temor ante los excesos de los explotados si recorrían su propio camino, ante la posibilidad de que se asentase en tierra altioplánica el "fantasma", temor que quedó estampado en los mensajes

presidenciales.

Mariano Baptista y Mariano Ricardo Terrazas, el primero vivió preocupado por justificar la penetración capitalista y la transformación del país en un exportador de materias primas, describieron sombríamente las monstruosidades que la reacción atribuyó a la Comuna de París, presentadas como sinónimo de comunismo. El clerical Baptista identificaba masonería con jacobinismo y comunismo.

Aniceto Arce, pionero de la minería y hombre de mentalidad empresarial capitalista, pese a los esclavos negros de La Florida, recurrió a la amenaza del comunismo para asustar a sus adversarios liberales. Para quien sabía que los negocios sólo prosperan en medio del orden y de la estabilidad política y jurídica, el comunismo era un espantapájaros que usaba para obligar a los otros a dejarle gobernar. A sus amigos les dijo que ellos eran los verdaderos liberales, pero por necesidad se apoyó en la clericanalla. El peligro lejano no encontraba a un proletariado en el cual encarnarse. La convulsión social estaba presente y referida al problema de la tierra. Los alzamientos, telón de fondo del ascenso y victoria del liberalismo, fueron identificados con el comunismo. Los proletarios de Colquechaca estaban en las huestes que seguían al general Camacho.

Los jóvenes liberales, alumnos y profesores de las universidades, en su peregrinaje mental y físico por Europa entraron en relación con las ideas socialistas, calificadas por los conservadores como exóticas. El socialismo nacido en Europa buscaba dar respuesta a los problemas del capitalismo. Los jóvenes liberales transmitieron las ideas que encontraron en los libros difundidos desde Barcelona, Madrid o París; era un socialismo para uso de intelectuales europeos y fuertemente cargado de reformismo. Para los bolivianos, socialismo era igual a democracia, acariciada por las avanzadas intelectuales del momento.

Más que el marxismo, impresionó a los intelectuales el anarquismo (Proudhon y Bakunin, principalmente) y no por casualidad; esa especie de liberalismo extremista se acomodaba bien al radicalismo de los jóvenes de la época. Samuel Oropeza, cuando oficiaba de profesor de economía política, elaboró un texto cargado de referencias a Proudhon, que apenas si ocultaba su mentalidad artesanal. El socialismo de entonces tenía más de anarquismo que de cualquier otra cosa. El mismo marxismo aparecerá en la cabeza de los activistas artesanos fuertemente impregnado de tal influencia.

II

EL PROBLEMA ENTRE 1900 A 1940

1

CLASE OBRERA Y LIBERALISMO

El liberalismo, llegado al poder como caudillo nacional, falló en su propósito de transformar el país en los moldes capitalistas y de poner en pie la democracia formal, fenómeno que tuvo directa influencia en la formación de la clase obrera (Lora, "HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO"; Barcheli, "MEDIO SIGLO DE LUCHAS SINDICALES REVOLUCIONARIAS"; M. Alvarez, "ORGANIZACIÓN SINDICAL EN BOLIVIA"; I. Pereira, INTRODUCCIÓN A LA INTERPRETACIÓN DEL DESARROLLO SINDICAL"; E. Barrios, "HISTORIA SINDICAL DE BOLIVIA", etc). Durante las postrimerías del siglo XIX y los dos primeros decenios del XX, el Partido Liberal y su izquierda juvenil, aparecen como portavoces de la clase obrera.

El liberalismo fue un gran movimiento popular, incluso después de haber aplastado sangrientamente a los campesinos que exigían sus tierras después de la victoria de la Revolución Federal. Aplastó a los conservadores con el peso abrumador de las multitudes y no sólo con las transformaciones económicas e institucionales o la total entrega del país al imperialismo. Organizar y movilizar a la masa obrera, incorporarla disciplinada y controladamente a la democracia, sirvió para lograr la estabilidad gubernamental.

En 1905 aparece la Unión Gráfica. Los liberales introdujeron la prensa moderna y de circulación nacional, junto al periodista profesional el proletario especializado en el manejo de las máquinas de los rotativos, intelectualizado y politizado en extremo. Los gráficos dieron impulso al sindicalismo y al movimiento socialista.

En 1908 se organiza la Federación Obrera de La Paz, que pretendió convertirse en nacional. Estas organizaciones estaban políticamente controladas por el gobernante liberalismo. Entre sus impulsores se encontraban maestros artesanos que entroncaban en el movimiento obrero del siglo XIX. La forma era sindical, tributo a la presión ejercitada desde el exterior, y el contenido gremial, lo que se tradujo en la total desvirtuación del sindicalismo por las tradiciones artesanales, que tendrá influencia sobre el socialismo.

En las postrimerías del siglo XIX vino la decadencia de los gremios, víctimas de la presión de las mercancías extranjeras sobre la producción nativa. El mutualismo intentó volver a poner en pie al gremialismo, esta vez, profundamente penetrado por las organizaciones políticas que actuaban a través del clero y de las agrupaciones de librepensadores (liberales).

Pronto apuntó una de las características de nuestro proletariado: las concentraciones mineras, llamadas a convertirse en decisivas económica y políticamente, se asentaron lejos de las ciudades tradicionales, básicamente administrativas, siguiendo a la prosperidad y agotamiento de los filones mineralizados. El campamento minero, efímero por su naturaleza, aparece como competidor y contradictor de la ciudad administrativa. La ruptura entre la ciudad y la mina se tradujo en perjuicios para el sindicalismo; fue frecuente la quiebra del ritmo de desenvolvimiento entre los proletariados minero y ciudadano.

Mientras los artesanos vivían su experiencia de remedo sindical no podía hablarse de política revolucionaria de clase, el basamento social y la mentalidad artesanales no lo permitían. Los mineros se lanzaron por su parte a la lucha instintiva de defensa de sus elementales intereses, lo que impulsó al proletariado a plantearse la puesta en pie de organizaciones de resistencia, a las que las empresas oponían el mutualismo controlado por ellas. No es posible extender mecánicamente la historia del obrerismo ciudadano a las minas, éstas seguían su propio camino. Con todo en las ciudades se tejió la urdimbre de la política y ésta contribuyó a la formación de la conciencia de clase.

Los núcleos proletarios que se alistaron en el liberalismo fueron los primeros en separarse de él. Los grupos artesanales permanecieron más tiempo en tiendas extrañas y vivieron a plenitud la experiencia acerca de las posibilidades obreristas del Partido Liberal en el poder.

El gobierno ofreció segura ocupación y protección a la fuerza de trabajo, esto cuando no existía legislación social. No se trataba de emancipar a los explotados, sino de establecer las condiciones normales para el funcionamiento de la producción. El liberalismo era reformista y prometía, dadas las condiciones económicas favorables generadas por la gran exportación de minerales y el torrente de inversiones de capital foráneo una vida civilizada y altos salarios, a cambio de apoyo al régimen.

Los obreros creían que el gobierno liberal era su gobierno, no en vano se habían batido para encumbrarlo y periódicamente le ofrecían victorias electorales. Esperaban solucionar sus más grandes problemas con ayuda del parlamento y de la ley; muchos líderes sindicales se convirtieron en parlamentarios y municipales; actuando siempre bajo la bandera liberal, empeñándose en dotarse una amplia legislación social. Los trabajadores se diluyeron en el gran frente de masas que apoyaba al oficialismo, enarbolaron como suyos los objetivos de la clase dominante. Lo positivo del liberalismo fue el haber puesto en pie a las organizaciones Obreras y en haberlas arrastrado a la política, antecedentes importantes para el posterior desarrollo de la independencia de clase. No importa quién organice a los explotados, no bien latos comienzan a caminar con sus propios pies afirman su independencia clasista, pugnan por imprimir su huella en todo el proceso político y en la movilización de masas.

El liberalismo, justa expresión de la feudal-burguesía e instrumento de la penetración imperialista, impulsó un parcial y contrahecho desarrollo económico: el modo de producción capitalista se asentó en las minas y generó una pequeña industria, más ferrovías y caminos; mantuvo en el primitivismo al agro, interesado como estaba en la explotación de los siervos; se apoyó electoralmente en el artesanado, tan venido a menos por la penetración capitalista. La emigración del campo a las ciudades y minas, generada por los salarios altos, el empobrecimiento del artesanado y amplias

capas de la clase media, la incorporación de la mujer y del niño a la producción, presionaron sobre el mercado de la fuerza de trabajo y retardaron el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros. Los explotados sólo conocieron frustraciones bajo el liberalismo, consideradas como traiciones de los líderes.

Las bondades de la democracia formal tampoco llegaron hasta el grueso de la población. El liberalismo se agotó al no poder desarrollar plenamente el capitalismo ni la democracia, pese a contar con condiciones excepcionalmente favorables: gozó de ilimitado apoyo popular y la bonanza económica le permitió emprender la transformación del país. ¿Si entonces el proyecto no era viable, cómo podrá ser serio ahora cuando el capitalismo se hunde?

El criterio menchevique aconsejaba esperar que el proletariado aumentase de número y se educase políticamente dentro del régimen liberal, antes de enunciar su propio programa. El esquema fue desmentido por la práctica: la clase obrera al estructurarse se tornó antiliberal y antiburguesa, pese a su incultura. El liberalismo ensayó una democracia de la minoría, elitista, del gamonalismo y a la mayoría campesina le negó capacidad de discernir. Las grandes naciones oprimidas fueron simplemente negadas (Tamayo, "CREACIÓN DE LA PEDAGOGÍA NACIONAL". "SINDICALISMO DEL MAGISTERIO", "LA ESCUELA Y LOS CAMPESINOS". La escuela se usó para domesticar al campesino.

El Estado, al servicio de los planes imperialistas encarnados en algunas empresas, dejó de defender los intereses generales de la feudal-burguesía y se sometió completamente al superestado minero. La Patiño usó y abuso del gobierno y del parlamento para concentrar sus manos casi toda la industria minera. El liberalismo doctrinario recurrió a métodos antidemocráticos para mantenerse en el poder, desconoció la alternabilidad con ayuda del cohecho. La dictadura de clase se presentó brutal y antidemocrática. Los liberales polemizaron, e escindieron y sucumbieron alrededor de la pureza del sufragio. La empobrecida clase media convirtió a la papeleta lectoral en mercancía que pignoraba a vil precio. Las doctrinas liberales europeas, servilmente copiadas, fracasaron al enfrentarse con las particularidades nacionales. Aunque el parlamento conoció un relativo brillo, no fue más que tribuna de parlanchines, sin fuerza para imponer las líneas maestras de la política. En las viejas democracias el voto encubre a la dictadura burguesa y permite el equilibrio y la alternabilidad entre sus diferentes tendencias. Las oposiciones parlamentarias pueden siempre llegar a ser gobierno y así la espada deja de ser la palanca del "juego democrático". El gran Estado nacional no fue creado; los políticos liberales lo subordinaron al despotismo de la metrópoli. Alrededor de la pureza del sufragio aparecieron y desaparecieron las ramas republicanas y hasta el Partido Radical, que a su turno fracasaron en sus planes democratizantes. Los obreros recorrieron todos estos vericuetos y así comenzaron a madurar. La democracia no pudo funcionar por el poco desarrollo capitalista del país y la extremada miseria de la clase media, que actúa, cuando es rica, como eje del parlamentarismo. Nuestra pobreza se traduce en extrema agudeza de la lucha de clases, por eso los intentos democratizantes acaban como imposturas dictatoriales.

Medinaceli, indigenista y por momentos inclinado hacia el radicalismo de izquierda, exhibió su estilo punzante al presentar el balance negativo del parlamentarismo que lo consideraba, junto con la democracia en total decadencia: estamos convencidos no sólo de la inepticia de la última Convención de 1938, sino de todas las Convenciones

que han habido en Bolivia, desde la Asamblea Constituyente de 1826, convocada por el Mariscal de Ayacucho, que comenzó por cometer la estupidez de aprobar a ojo cerrado la llamada Constitución bolivariana... No sólo estamos convencidos del fracaso de la última Convención y de todas las Convenciones 'convencionales' que ha tenido Bolivia, sino que estamos profundamente evidenciados... del fracaso mundial del parlamentarismo tipo 'siglo XIX' ...

"Una de las muchas ilusiones del liberalismo romántico del siglo pasado -decía Saavedra- fue la de incrustar el parlamento en la república...

"La experiencia histórica nos ha comprobado ya que el parlamentarismo tipo siglo XIX es malo. Luego, hay que suprimirlo.

"Congresos... que han sido una escuela de corrupción moral, ha sido la causa eficiente para el acrecentamiento de la ineptitud mental del boliviano, por el morboso e hipertrofiado desarrollo de oratoria y la logorrea...

"...Llamar a una legislatura sería para caer en el mismo círculo vicioso, lo malo no está en las últimas elecciones... sino que el mal está en el mismo sistema: el parlamentarismo criollo..."

Los liberales, los literatos y los sociólogos describieron, cargando la tinta, lo absurdo que es el parlamentarismo, pero ninguno penetró en la raíz del problema: el poco desarrollo capitalista, la extrema pobreza del país, lo que no se cura con elecciones ni discursos.

Medinaceli era un espíritu zahorí, pero muy inclinado a perderse en su forzado eruditismo, en la frondosidad del pintoresquismo, que le impedía bucear profundamente en la esencia de los problemas. Comienza citando la lapidaria frase de Marx estampada en su "18 Brumario" sobre esa moderna forma cretinismo que se empecina en buscar la solución de los problemas en el marco parlamentario, pero, demostrando no haber comprendido su significado revolucionario, parece inclinarse en favor de la democracia funcional, patraña fascista para poner a salvo a la burguesía (Medinaceli, "EL HUAYRALEVISMO").

La clase obrera comenzó como democratizante y se abandonó en brazos del parlamentarismo, esperando remediar así sus males. Pagó elevado tributo al cretinismo parlamentario y no tardó en decepcionarse, lanzándose en busca de nuevos caminos, recorriendo los cuales afirmó su independencia de clase. Así maduró acumulando experiencia diaria y se tornó permeable a las nuevas ideas, a las que tenían poco que ver con el liberalismo.

La clase obrera no va directamente a constituir su propio partido ni comienza rechazando con nitidez y de manera global la política burguesa, evoluciona siguiendo el método de las aproximaciones, gradualmente se desplaza más y más hacia la izquierda, para concluir encontrando su verdadero eje revolucionario (Trotsky). Esto se debe a dos causas: las masas hacen su aprendizaje a través de su experiencia, de su práctica diaria; la conciencia de clase no brota espontáneamente en las filas obreras sino que sus presupuestos vienen de fuera.

Los obreros al dudar que el liberalismo fuese su propio partido y al sentir la necesidad de negarlo, lo hicieron apuntalando a las fracciones rebeldes del mismo liberalismo (republicanas y radical), cerrándose, por un momento, el paso hacia la independencia de clase. Para, que su repudio al liberalismo madurase debidamente no tuvieron más remedio que vivir la experiencia de las escisiones y de la lucha interna dentro del partido de gobierno. El saavedrismo apareció como el portavoz del obrerismo, como la negación del liberalismo, pese a que no era más que una de sus versiones, aunque concluyó formulando tesis fascistas (Saavedra, "LA DEMOCRACIA EN NUESTRA HISTORIA"). El peregrinaje por las tiendas liberales tuvo sentido contradictorio: a la larga preparó el desplazamiento hacia la política propia de los explotados, pero momentáneamente fortaleció a la clase dominante, que apareció popular.

Para la clase obrera dirigida por el liberalismo no había diferencia alguna entre ella y la mayoría nacional, que era ya nación oprimida por el imperialismo. Reconocía como a genuina dirección de esa mayoría al Partido Liberal. Al disolverse en ese amplio frente no planteaba la posibilidad de su dirección por el proletariado. En ese momento, la nación oprimida no formulaba, entre sus objetivos, la liberación nacional, pues el liberalismo se planteaba, más bien, acentuar el predominio imperialista, como uno de los requisitos para el desarrollo industrial del país. Como quiera que para los liberales "demócratas" la enorme masa campesina debía estar marginada de la nación oprimida, ésta resultaba una minoría de la población.

2

INDICIOS DE LA INDEPENDENCIA CLASISTA

La primera reacción de los trabajadores frente al liberalismo que había fracasado en sus planes, consistió en organizarse de manera independiente con relación al Estado y a los sindicatos que había puesto en pie. Se explica que éste haya sido el campo en el que se comenzó a plantear la independencia de clase, no en vano se trataba de los intereses inmediatos. Estos primeros pasos de organización independiente con relación al oficialismo permitieron la penetración de las ideas socialistas entre los trabajadores.

En 1912 apareció la Federación Obrera Internacional, no sólo remarcando el carácter internacional socialista de los obreros, sino como la materialización del propósito de acabar con la oficialista Federación Obrera de La Paz. La nueva organización, a demás de impulsar el sindicalismo, declaró que su propósito era estructurar el partido socialista. La Federación Obrera Internacional no importó la reorganización del sindicalismo alrededor del eje y de la dirección del proletariado, como impone la materialización de la idea socialista y del partido revolucionario; seguía siendo artesanal, con toda su influencia negativa. Nació bajo el impulso de los obreros que habían luchado dentro del liberalismo y que ahora buscaban otros derroteros. A pesar de que fundaron sindicatos no oficialistas, seguían detrás de los disidentes liberales, particularmente del Partido Radical, cuya Liga Radical Obrera agrupaba a los activistas y organizadores de la FUI. Pese a todo, tal camino extraviado conducía a los inicios de la independencia clasista, preparaba el terreno para el socialismo, que asomará casi inmediatamente después.

La crisis ideológica se precipitó sobre el liberalismo. La avanzada de la juventud liberal, buscando una respuesta a la frustración del ensayo democrático, se dio de bruces con las ideas socialistas que circulaban en el exterior y se filtraban incontenibles al país. Esos jóvenes estaban dentro de la tradición heredada de la anterior generación de intelectuales radicalizados. El que las ideas socialistas hubiesen tenido que seguir el camino de los universitarios liberales, pasando por el tamiz de la cultura de la clase dominante, tuvo influencia en la conformación del movimiento de izquierda. Por muy radicales que apareciesen los propagandistas del nuevo credo no dejaban de ser demócratas, estaban seguros que el socialismo conducía a la plasmación del viejo esquema liberal parlamentario. La obsesión democratizante limitó y deformó a las ideas socialistas.

El año 1904 se estructuró la Sociedad de propaganda radical-socialista "Agustín Aspiazú", en homenaje al liberal que tan osadamente supo, en la segunda mitad del siglo XIX, aproximarse a la clase obrera y orientarla hacia la lucha contra el melgarejismo. El mérito de este núcleo radicó en que dio respuesta política, cierto que limitada y deformada, a la creciente inquietud de los trabajadores que se encaminaban a romper con el oficialismo. La Sociedad "Agustín Aspiazú" publicó una "hoja de propaganda" en la que se hablaba de manera confusa de Marx y de otros socialistas, al mismo tiempo que se analizaban algunos problemas nacionales. Popularizó el grito de guerra "¡Proletarios uníos!" y enseñó a rendir homenaje al Primero de Mayo. No es el caso de una curiosidad anecdótica de un grupúsculo de gente alocada que chillaba sin la menor esperanza de ser escuchada. Tuvo enorme repercusión, desarrolló una larga y fecunda actividad; sus propagandistas, secundando la labor de la hoja periodística, ganaron las calles para difundir sus propósitos. Fueron educadores y organizadores; venían de haber enseñado liberalismo a los obreros y persistieron en esa actividad para llevarles algunas nociones de socialismo.

Uno de los impulsores de la Sociedad fue el desterrado peruano Urquieta, de filiación radical, oriundo de un país en el que la preocupación del problema del indio opacaba cualquier otra cuestión y donde lucía como la estrella mayor de la protesta social el ácrata González Prada. Los jóvenes liberales, siguiendo la línea trazada por sus mayores, persistieron en su empeño por aparecer como paladines de la liberación de la mayoría nacional.

Este núcleo de jóvenes intelectuales no quiso permanecer aislado de los inquietantes problemas nacionales. Se apresuró en tomar contacto directo con la vanguardia obrera y a ella estaba destinada su persistente propaganda. Estas campañas contribuyeron a la aparición de la FOI. La Sociedad Agustín Aspiazú actuó como hilo conductor entre la abundante propaganda socialista foránea y el movimiento obrero que se disponía a emanciparse, aunque siguiendo formas engañosas, de la secante influencia del oficialismo.

A fines del siglo XIX era mayor la influencia del anarquismo sobre los intelectuales universitarios, como también lo era en los países latinos y particularmente en España, lo que rápidamente se reflejó en Latinoamérica. Durante el siglo XX, el socialismo y particularmente el marxismo, irán ganando terreno, sin que esto hubiese importado la desaparición de las tendencias anarquistas. El Partido Socialista argentino, afiliado a la Segunda Internacional, tuvo influencia sobre Bolivia; un poco más tarde, la propaganda distribuida desde Chile y el Perú tendrá acogida favorable. Los anarquistas tuvieron su fuente de inspiración inclusive en la tendencia mejicana que les era afín

y en los núcleos de la IWW asentados en Chile.

Las corrientes ácratas, en su modalidad anarco-sindicalista, consideraban que las organizaciones obreras de resistencia eran suficientes para resolver todos los problemas cotidianos y para asegurar la destrucción del capitalismo; repudiaban la actividad de los partidos políticos, por considerarlos extraños a los trabajadores y expresiones nefastas del autoritarismo; colocaban en lugar preeminente a la acción directa y particularmente a la huelga general frente al parlamentarismo de los reformistas; rechazaban toda forma de Estado, incluyendo al obrero, y creían que de la huelga general victoriosa se pasaría directamente a una sociedad emancipada de toda autoridad. Estas tendencias se acomodaban perfectamente a las características artesanales, correspondían a su mentalidad pequeñoburguesa y estaban cortadas a medida de quienes se inclinaban a considerar a sus propias organizaciones laborales como un flojo conglomerado de entidades que gozaban de ilimitada autonomía. Las primeras organizaciones gremiales copiaron muchas de las características de la anarquista Federación Obrera Regional Argentina. El anarquismo extranjero era una doctrina que durante largo tiempo luchó contra los comunistas "autoritarios" de la Segunda y Tercera Internacionales y encarnó a reales tendencias dentro del movimiento obrero. El anarquismo criollo, cuya mayor contribución consistió en la puesta en pie de fuertes organizaciones laborales, de mujeres y de campesinos, no pasó de ser una copia y no siempre bien hecha, de la propaganda foránea; no logró aclimatarse debidamente y menos pudo traducirse en una particular teoría. No dejó de mostrarse fuertemente penetrado de comunismo "autoritario". Fue continuo el flujo humano del polo anarquista al marxista y viceversa, no siempre acompañado de la necesaria crítica a las tendencias ideológicas que apasionaban a quienes deambulaban por el universo obrero.

El socialismo más avanzado en ese momento era el socialdemócrata y la Segunda Internacional concentraba a los líderes marxistas más brillantes de todo el universo. Vino al mundo bajo el manto protector de Engels y convirtió a Alemania y al poderoso partido socialdemócrata en centros de sus operaciones. Se fue formando en la época de ascenso del capitalismo, insumida en la lucha por mejoras sociales. La legislación social concentró y agotó muchos de sus esfuerzos. Casi de manera natural apareció en su seno el reformismo, cuyo constante crecimiento ahoga a la organización que debutó como la Internacional marxista. Las ideas socialdemócratas, impregnadas de reformismo parlamentarista, eran exclusivamente europeas, pese a que en su seno figuraban las siglas de organizaciones de países semicoloniales. La revolución era considerada un problema propio de la Europa civilizada. La revolución nacional no estaba incluida en sus preocupaciones y no analizaba las particularidades de los países atrasados. Este panorama fue subvertido por la revolución rusa, que no en vano tuvo como escenario un país rezagado. El esquematismo socialdemócrata probó que sus viejas ideas no le permitieron comprender el significado de la revolución bolchevique. El reformismo parlamentarista permitió que la acción directa, que está en la base de los métodos de lucha del proletariado, concluyese monopolizada por el anarquismo. El control del Legislativo se convirtió para los socialdemócratas en su gran meta. Dejaron de luchar por la revolución social y por la destrucción del Estado burgués, para limitarse a la reforma del régimen imperante.

Para la Segunda Internacional no habían los problemas de la nación oprimida, de la diferenciación obligada entre metrópoli saqueadora y país atrasado, despojado de su soberanía. Partía de la certeza de que sólo pocos países habían madurado

para la revolución proletaria, pero aun en éstos concluyó cerrando el paso a su materialización, y que el resto tenía aún que prepararse para la gran aventura a través del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas. Tales corrientes conformaron el pensamiento socialista boliviano, que apareció mostrando fuertes rasgos de reformismo socialdemócrata y de anarquismo. Si se consideraba a la Bolivia semifeudal (caracterización indiscutida por mucho tiempo) fuera del ámbito de la revolución proletaria, las ideas socialdemócratas y la práctica anarco-sindicalista sólo podían interesar como palancas para el logro de mejores condiciones y de trabajo, para el inicio de las reformas sociales. Los visionarios esperaban que llegase al país un capitalismo humanizado, de buen rostro, sueño que dominará a los reformistas de todos los tiempos. Para esto nada más aconsejable que los obreros políticamente organizados, inclusive en oposición a la burguesía, pudiesen llegar al parlamento. La democracia era vivamente deseada por los obreros socialistas.

Los primeros pasos que se dieron en el camino de la independencia de clase desembocaron, debido a la fuerte influencia de ese pastiche formado de socialismo reformista-evolucionista y de anarquismo, en la política burguesa. Qué lástima que las condiciones no estuviesen dadas para que los líderes obreros de la época pudiesen comprender que la política que no se basa en los intereses históricos de su clase (emergentes del desarrollo objetivo de la sociedad y no del mayor o menor grado de conciencia de los obreros), conduce indefectiblemente a subordinarse a la clase dominante. En Bolivia esto es claro: los líderes obreros "socialistas" y anarquistas siguieron la directriz en sentido de que al país todavía le faltaba desarrollarse bastante en sentido capitalista, por lo que apuntalaron los afanes de la burguesía por trocarse en clase poderosa y colaboraron en los planes elaborados por los enemigos de clase.

3 ENSAYOS DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA INDEPENDIENTE

En 1914 irrumpe en el escenario el "Centro Obrero de Estudios Sociales", que contribuirá a modificar todo el panorama político y sindical del país. Estaba constituido por obreros, casi todos vinculados al taller artesanal, y se consideraba marxista. En cierto momento pertenecieron a sus registros algunos ácratas, varios de los cuales se encaminaron a diferenciarse ideológica y organizativamente de los marxistas, los otros no tardaron en ser ganados por los "autoritarios". Con todo, su socialismo seguía siendo socialdemócrata y reformista, sólo más tarde sufrirá el impacto de la revolución rusa y de la propaganda de la Internacional Comunista. Funcionó como centro de formación de activistas y propagandistas revolucionarios, encargados de impulsar la organización de sindicatos y de partidos socialistas. Hasta la época de la FOI continuaba la ruptura entre las minas y las ciudades. El COES se esforzó por poner en pie organizaciones laborales en las minas, enviaron a muchos de sus miembros a organizar federaciones. Estaba convencido que los explotados debían poner en pie no únicamente a sindicatos independientes del gobierno y de los partidos burqueses, sino a organizaciones políticas socialistas. Todo esto era progresivo porque planteaba la posibilidad de que efectivamente se materializase la independencia clasista, que debe entenderse como ideología revolucionaria. Con frecuencia los sindicatos y los partidos obreros, inclusive los que tienen trabajadores

en sus filas, no hacen otra cosa que cumplir la función de canales de difusión de la política de la clase dominante, en este caso no pueden ser considerados como estrictamente independientes de las otras clases y menos como revolucionarios.

El "Centro Obrero de Estudios Sociales" no pudo desarrollar una ideología proletaria y revolucionaria porque no pudo ni se propuso ir más allá del marco fijado por la Segunda y Tercera Internacionales, esta última en su proceso de degeneración stalinista. La consecuencia de la revolución rusa de 1917 fue una profunda conmoción en las filas obreras y socialistas de todo el mundo y Bolivia no fue una excepción. Grandes sectores de la socialdemocracia se pasaron a las posiciones sustentadas por la Tercera Internacional, que tuvo que tomar precauciones para evitar que el oportunismo invadiese sus filas. Nuestros socialistas se limitaron a adherirse líricamente a la causa de los bolcheviques, sin haber previamente liquidado cuentas con la Segunda Internacional en el terreno de los principios. En la medida en que los "socialistas" se encontraban atrapados en las redes de la política burguesa, apenas si contribuían a delimitar con precisión los contornos clasistas del proletariado con relación a las otras clases y particularmente a la dueña de los medios de producción, aquel continuaba diluido en el gran frente de masas políticamente dirigido por líderes burgueses. Los "socialistas" no hacían nada por condicionar a la situación política imperante la utilización del método de lucha parlamentario, por subordinarlo a la acción directa, no aclaraban con nitidez que sólo la vía insurreccional y no así el evolucionismo gradualista, podía conducir a una nueva y superior sociedad.

No aparecieron grandes partidos de la clase dominante capaces de sustituir con ventaja al liberalismo, pero políticamente seguía enseñoreado sobre el país gracias a la política burguesa desarrollada por los socialistas y "comunistas" a través de las organizaciones sindicales.

Durante todo este período dos grandes problemas sintetizaban toda la desorientación de la "izquierda". ¿Era el proletariado la única clase revolucionaria por excelencia? ¿Bolivia era país feudal, semifeudal o capitalista? En las respuestas se encontraba implícita la cuestión de si era viable e no la revolución proletaria en un país atrasado. Es por demás sugerente que en el país nunca se hubiese discutido acerca de las particularidades de la revolución proletaria en una semicolonias. En la propaganda de dentro y fuera del país, este tipo de revolución era presentado como sinónimo de comunismo, como forma estatal que únicamente podía tomar medidas cien por cien socialistas y nada más. De esta manera se deformó la naturaleza de la revolución en nuestra época, que no puede menos que comprender al vastísimo ámbito de los países atrasados.

Si la socialdemocracia reformista partía de la certidumbre de que en los países atrasados no podía plantearse la factibilidad de la revolución proletaria, el stalinismo, convertido en amo de la Internacional Comunista, no hizo más que ratificar este concepto con ayuda de la teoría de la revolución por etapas, que sostiene que en las regiones de poco desarrollo capitalista, donde no han sido plenamente cumplidas importantes tareas democráticas, se impone aún consumir la revolución democrático-burguesa que permita el desarrollo de las fuerzas productivas en el marco capitalista, cuya consecuencia será el descomunal crecimiento numérico de la clase obrera y su educación política dentro de la democracia burguesa. El avance de la Internacional Comunista consistió en incluir en su programa y en sus preocupaciones organizativas y prácticas a los países semicoloniales, a la revolución nacional y a los problemas

emergentes de la incorporación a la economía mundial de las regiones rezagadas con todas sus particularidades. Lo lamentable fue que estas discusiones y la información necesaria no llegaron al país. Los potencialmente revolucionarios fracasaban en medio del ambiente deletéreo creado por los reformistas y por el proburgués stalinismo. Desde Buenos Aires se difundieron los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, pero lamentablemente no fueron comprendidos.

Bajo la influencia de la IC (también en Bolivia se mostraba muy activo su Secretariado Sudamericano) se comenzó a tener idea de la nación oprimida y de la liberación nacional, resultado del predominio imperialista. No pocos de los izquierdistas consideraron que este simple planteamiento equivalía a la expresión revolucionaria más acabada. Se olvidó que formuladas así las cosas importaba la "existencia de la nación oprimida bajo la dirección de la burguesía nacional y la liberación estatal del imperialismo como sinónimo de la meta estratégica en la etapa de la revolución democrática burguesa. La vieja tipificación del país como feudal o semifeudal fue retomada por el stalinismo y se convirtió en el cepo colocado al movimiento socialista que le impidió elaborar una doctrina revolucionaria.

El proletariado no podía convertirse en dirección de la nación oprimida, que sólo puede serlo si enarbola su propia ideología opuesta a la que impone la burguesía con ayuda de la universidad, la escuela, la iglesia, etc. Era dentro del propio socialismo que se trabajaba activamente para que esto no sucediese, desde el momento en que los "marxistas" no creían que la clase obrera fuese la única revolucionaria, pues se creía que se estaba frente a un proceso democrático. La historia de la clase y las tendencias ideológicas que se movían en su seno no le permitieron efectivizarse como revolucionaria, impidieron que siguiese libremente su curso la tendencia a convertirse en dirección de las masas en general.

El "socialismo" condenó al proletariado a seguir una política burguesa, a continuar diluido en el seno de la nación oprimida, a tornar imposible su propia revolución. Dentro de las fronteras nacionales la izquierda no podía tomar contacto con las corrientes revolucionarias que se organizaron en respuesta al stalinismo, lo que prueba que el socialismo es una corriente internacional, como lo es la política en general, incluidas las tendencias nacionalistas.

La clase obrera para liberarse está interesada en la revelación de las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad (marxismo, ciencia social), lo que le permitirá subordinar su acción cotidiana a aquellas, convertirse en instrumento que permita su cumplimiento con ahorro de esfuerzo y de tiempo.

Nadie está más interesada en la verdad que la clase revolucionaria y es su práctica la que permite confirmar a aquella cuando aparece como enunciación teórica. El partido es el portador de la ciencia social y en su seno se fusionan ésta y la clase. La ciencia es el gran instrumento que maneja el partido en su acción sobre las masas (práctica revolucionaria), buscando transformarlas, lo que le permitirá transformarse él mismo. El partido obrero no encontró su propio camino porque la ciencia no estuvo a su alcance. Actuando con herramientas poco eficaces no pudo transformar al proletariado en clase para sí y, en esta medida, impidió que se convirtiese en dirección de la nación oprimida. Carecía de un concepto claro sobre la revolución que se estaba planteando en el país, como resultado de su desarrollo objetivo, se diluyó en el reformismo y, deliberadamente o no, preservó la intangibilidad de la propiedad

privada, de la explotación de la clase obrera.

El primer partido obrero que aparece es el Socialista, que se presenta ostentando un pequeño programa que no era más que la enumeración de algunas reformas tendientes a proteger a la fuerza de trabajo. Su estructuración demostró que el terreno se encontraba relativamente abonado para la siembra de las ideas socialistas, los obreros no tuvieron la culpa de que la semilla dejada fuese de mala calidad como es el reformismo parlamentarista. Pese a todo, su sola existencia impulsó la independencia de clase. Esto sucedía en 1914.

En el futuro, los partidos obreros y los sindicatos se empeñarán por arrancar al liberalismo el control de las masas. Fue una tarea larga, se trataba de educar a las multitudes y de aglutinar a su vanguardia. El Partido siempre realiza una cierta tarea pedagógica, que no puede sustituir a la elaboración del programa, de la teoría revolucionaria (Lenin, "PEDAGOGÍA Y POLÍTICA"). Los primeros partidos partían de la ilusión de que ellos eran ya la clase, por eso confundieron a sus organizaciones con los sindicatos. En realidad, apenas si comprendían una reducida vanguardia y lo malo era que a esa minoría no la formaban debidamente, no eran escuela de aprendizaje para revolucionarios profesionales. No podía pedirse tanto porque se carecía de teoría revolucionaria, que se elaborará más tarde.

El movimiento obrero chileno, que tan perfectamente se encarnó en Emilio Recabarren, figura legendaria del socialismo que apasionadamente abrazó la causa de los soviets rusos y cuya honradez aplastó al soborno y prepotencia stalinistas, dejó profunda huella en los revolucionarios del Altiplano. Había puesto en pie al Partido Obrero Socialista, cuyas ideas se difundían a través de "El Despertar" de Iquique y que penetraba en los centros obreros de Bolivia. Aparecieron Partidos Obreros Socialistas en las diferentes capitales y en las concentraciones proletarias, como Uyuni, por ejemplo. Este esplendor opacó a ese gran centro de irradiación del anarquismo que fue Corocoro en el pasado inmediato y que también reflejaba la propaganda venida desde Chile por canales ferroviarios. El marxismo ganaba terreno.

Seguramente el POS de La Paz fue el más maduro, sus inspiradores formaban parte del COES y logró elaborar un programa de principios, el primero de su especie en el país. Campeaba el reformismo, se insistía en la caracterización de Bolivia como semifeudal y los objetivos más importantes continuaban siendo los de la conquista de mejores condiciones de vida y de trabajo con ayuda del parlamento. La actividad de la serie de partidos obreros llegó a un alto nivel en 1921. En la reunión habida en Oruro se acordó crear un partido nacional único e impulsar la creación de secciones en todos los rincones del país. El proyecto no prosperó y el socialismo siguió desperdigado y cada grupito iba por el camino que mejor le pareciese. Es aleccionador descubrir la causa por la cual no pudo ponerse en pie una organización única, pese a que el socialismo se encontraba muy difundido a lo largo y a lo ancho del país. La causa de la frustración tiene que buscarse en el hecho importantísimo de que ese movimiento no había llegado a la suficiente altura como para poder expresar los intereses generales de la clase, por la sencilla razón de que no fueron aún revelados por la doctrina socialista que se manejaba en ese momento. No se trataba de que todos los partidos adoptasen el programa del POS de La Paz, sino de que todos ellos se superasen hasta poder expresar esos intereses generales y que no son otros que los históricos emergentes de la realidad más profunda de la sociedad.

Se podía esperar que los numerosos ensayos de partidos socialistas, que invariablemente desembocaron en el electoralismo, fuesen superados cualitativamente gracias a la difusión de las ideas radicales de la Internacional Comunista, que estaba atravesando su "tercer período". El movimiento de la reforma universitaria se convirtió en el portador de esas ideas que venían de Buenos Aires. La plana mayor politizada que timoneaba la insurgencia juvenil era más democrática que puramente socialista. Alrededor de 1928-30 era perceptible que los estudiantes "marxistas", que repetían la propaganda de Mariátegui venida del Perú, sobre todo, alentaban una desviación típicamente pequeñoburguesa, se creían predestinados a dirigir políticamente a las masas analfabetas e inclusive timonear a las organizaciones sindicales (FUB, "ESTATUTO ORGÁNICO Y PROGRAMA DE PRINCIPIOS").

Los socialistas vinculados al Secretariado Sudamericano de la III Internacional, que utilizó el pleito del Chaco para acentuar la campaña antibelicista difundida desde Moscú, creyeron conveniente, para poder moverse en el seno de las masas, permanecer agazapados en partidos camuflados como el Laborista, por ejemplo. La primera reunión de Partidos Comunistas latinoamericanos de 1928, que contribuyó a homogeneizar el movimiento comunista en escala continental y generalizarlo en todos los países (era la época de la obligada "bolchevización", marbete colocado a la campaña antitrotskyista), determinó que los "comunistas criollos se organizaran en partido independiente y ostentando abiertamente la denominación de Partido Comunista" (VERSIONES DE LA PRIMERA CONFERENCIA COMUNISTA LATINOAMERICANA").

Hubieron brotes de resistencia y deserciones, pero nació proletariado y nación oprimida un débil PC, que se vio obligado a llevar una accidentada vida clandestina, sin haber podido en momento alguno penetrar en el seno de las masas y que comenzó a agonizar no bien se desencadenó la encarnizada campaña contra los elementos intelectuales, algunos acusados gratuitamente desde Buenos Aires como trotskystas. En Bolivia no había trotskismo, instalado en parte del Continente desde esa época, lo que se convirtió en una tremenda debilidad de todo el movimiento socialista, pues le impidió ver el carácter contrarrevolucionario del stalinismo que alcanzó una amplia difusión, apropiarse del marx-leninismo de la época de las revoluciones en los países atrasados, instrumento necesario para comprender la realidad nacional y transformar a la clase obrera.

El Partido Socialista Revolucionario fue la organización que de manera más precisa exteriorizó la consignas de la Internacional Comunista, siendo la más famosa la de "gobierno obrero-campesino", que no debe interpretarse como anticipo de la que más tarde pondrán en circulación los grupos trotskystas, sino como versión modernizada de la vieja fórmula leninista de "dictadura democrática revolucionaria de obreros y campesinos" (Lenin, "DOS TÁCTICAS"), que consideraba que su acción debía detenerse en los límites democráticos y organizarse partiendo de la estructuración del campesinado en un partido independiente. La historia se encargó de superar totalmente el inicial planteamiento leninista, que en abril de 1917 fue abiertamente sustituido por la voz de orden de lucha de la dictadura del proletariado.

La influencia stalinista, que marca el punto más elevado al que pudo llegar el movimiento socialista de la preguerra chaqueña, fue la causa que no permitió superar la errónea caracterización de Bolivia como país feudal y tampoco señalar las tareas históricas del proletariado, que no pudo emanciparse de la política burguesa y que, más bien, se empeñó en integrarse al frente de la nación oprimida como sustentáculo

izquierdista de la clase dominante. Estaba cerrado el camino de la revolución.

La guerra chaqueña importó una descomunal conmoción social, política y económica y no solamente puso a prueba a la clase dominante, sino que demostró su caducidad. Obligó a colocar bajo armas a parte de la masa campesina, a la que no alcanzó a huir de los reclutamientos forzados, y arrastró a la clase media a la política, al extremo de que la rosca aparentó estar arrinconada, cuando en verdad utilizó a la pequeña-burguesía para seguir desarrollando su política y poner a salvo sus intereses antinacionales. Los marxistas estaban seguros que se trataba de una guerra inter-imperialista, lo que se acomodaba a los planes de la IC, y los más radicales pronosticaron que traería como secuela inevitable la subversión social. El pronóstico se cumplió a medias.

Otra de las consecuencias de la guerra fue el encuentro de parte de la dirección de la izquierda boliviana, de la que venía del vientre del Partido Comunista clandestino, con la izquierda revolucionaria que luchaba contra la degeneración stalinista de la revolución de Octubre, del Estado obrero, del partido bolchevique y de la misma Internacional Comunista. Así se abrió la posibilidad de que en el futuro el movimiento socialista pudiese superarse política e ideológicamente. Sólo entonces los bolivianos supieron que en el campo marxista internacional se enfrentaban dos tendencias contrapuestas y esto les permitió vivir la experiencia de esas luchas y madurar en ellas para poder elaborar la teoría de la revolución.

La post-guerra trajo la conmoción social, pero la clase obrera, arrastrada por la pequeña-burguesía y empujada por su tradicional dirección de izquierda, fue a desembocar en el campo de los gobiernos militares autotitulados "socialistas" y que no eran más que versiones del nacionalismo burgués, que tendrá influencia sobre el proceso revolucionario y la formación de la clase obrera. Pareció haberse perdido lo conquistado después de larga y cruenta lucha, la independencia de clase. Las masas se tornaron oficialistas y estaban seguras que eran suyos los gobiernos castrenses, presididos por quienes encarnaban el chovinismo belicista que precipitó a Bolivia a la ruina (Díaz M., "TORO, BUSCH, QUINTANILLA").

Se podría pensar que se retornó a los mejores tiempos del liberalismo, como si toda la experiencia posterior no contase para nada. Esto era sólo aparente, los acontecimientos demostraron que lo adquirido por las masas a través de su experiencia no se pierde, se incorpora a su arsenal de ideas y de métodos de lucha; en circunstancias negativas permanece en la subconsciencia de aquellas, dispuesto a aflorar cuando la situación se torne favorable.

Lo sucedido encontraba su explicación en el pasado inmediato. Como quiera que la clase obrera desarrolló una política burguesa y no llegó al convencimiento de que los grandes problemas nacionales y sociales encontrarían solución cuando ella misma se convirtiese en dirección de la nación oprimida, vale decir, le impusiese su particular estrategia, resultó hasta cierto punto natural que en un período de gran agitación social buscase y encontrase su norte en una de las expresiones más sofisticadas de la clase dominante, en aquella disfrazada de socialista, de obrerista, de defensora de la nacionalidad.

La izquierda tradicional, tributaria de las ideas socialistas, creyó encontrar en los políticos uniformados a la expresión no sólo de la burguesía progresista, sino inclusive de tendencias que se colocaban más allá del capitalismo y del comunismo, pero capaces de lograr el desarrollo de las fuerzas productivas y de imponer el mejoramiento de las condiciones de existencia de los explotados y hasta su liberación, todo siempre que ellos participasen en el gobierno. El colaboracionismo, la subordinación a los dictados de la burguesía se tradujo en la aparición del ministerialismo y el cretinismo parlamentario conoció su mejor época. Era lógico que esa izquierda se esmerase en empujar a los explotados hacia el campo oficialista.

El proceso histórico determinó que los explotados pasasen por la experiencia de los gobiernos nacionalistas para que madurasen políticamente, para que se afirmasen como clase y pudiesen tener la capacidad de discernir entre su propia dirección y las expresiones políticas encubiertas de la burguesía.

Efectivamente, las frustraciones vividas por las masas les obligó a retornar a la izquierda, a retomar las conquistas logradas, a encaminarse a afirmar la independencia clasista y política. Se puede decir que los explotados realizaron, en su práctica diaria, una severa autocrítica de su pasado desplazamiento hacia el campo burgués y que lo hicieron de la manera más radical. Contrariamente, las agrupaciones y personalidades políticas de izquierda demostraron su incapacidad para proceder del mismo modo: se limitaron a señalar que su entusiasta apoyo a los regímenes castrenses (a la clase dominante) constituyó un equívoco pasajero, pero no analizaron las razones por las cuales ellos, marxistas, concluyeron sirviendo al enemigo de clase, convirtiéndose en la quinta columna de la burguesía en el seno de las organizaciones obreras.

La política obrerista de los "socialistas" uniformados culminó con la puesta en pie de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, que actuó como la rama sindical del stalinismo capitulados y del bloque obrero que intervino en la Convención de 1938, que convirtió en leyes muchas conquistas sociales.

Los gobiernos restauradores (Quintanilla y Peñaranda) obligaron a los obreros a radicalizarse y a hacerse eco nuevamente de la propaganda "izquierdista" de los marxistas, prolongación de las grandes líneas fijadas por la Internacional Comunista o sea la ratificación de su sometimiento político a la burguesía. Frente al total aislamiento del trotskismo (el Partido Obrero Revolucionario se fundó en 1935), los esfuerzos del socialismo stalinizante se canalizaron a través de los trabajos frentistas que buscaban estructurar un poderoso partido de masas, llamado a capitalizar todo lo logrado anteriormente. Se conocieron remarcables éxitos organizativos que concentraron la atención de los explotados. Los esfuerzos unionistas se plasmaron en el Frente de Izquierda Boliviano, antecedente inmediato del PIR (1940), en su momento expresión acabada del stalinismo, que debutó como partido de masas fuertemente perseguido por la policía. A sus filas se sumaron los trabajadores e inclusive los mineros, que por primera vez se volcaban hacia un partido político. Para todos el PIR era la expresión más acabada del marxismo, del bolchevismo y de la revolución rusa, pese a todas sus declaraciones en contrario. (FIB, "HACIA LA UNIDAD DE LAS IZQUIERDAS").

Síntesis: durante este período el proletariado no logró diferenciarse como clase en el seno de la nación oprimida y menos colocarse a su cabeza, continuó diluido en medio del gran frente que seguía la política burguesa. La liberación nacional, uno de los grandes objetivos del virtual bloque de clases sociales, era planteada como meta

de la revolución democrático burguesa, proceso en el que la clase obrera no tendrían más papel político que el de apoyar críticamente desde la izquierda a la burguesía nacional.

La gran novedad fueron las tendencias nacionalistas, cuya militancia se nutría en la clase media, particularmente entre los intelectuales, que acababan de incorporarse a la política partidista. Sus grandes directivas políticas se decidían conforme a los intereses de la clase dominante. Corrió a cargo del stalinismo la justificación teórica de sus posiciones.

III

DE PULACAYO A LA ASAMBLEA POPULAR

1

LA EXPERIENCIA DE 1943 a 1946

Durante este período y hasta 1952, la política boliviana, sobre todo desde el punto de vista del proletariado, estuvo dominada por el contubernio entre el stalinismo (PIR) y la rosca (después de 1977 volverá a repetirse esta experiencia), expresión del sometimiento a la política moscovita de alianza con el imperialismo "democrático", y con la burguesía "progresista", como una forma de materialización de la revolución democrático-burguesa.

Victor Paz estenssoro cree que el MNR (nacionalismo) y el PIR, cuyas ideas políticas volverán a aparecer en los Partidos Comunistas, representan en la política boliviana dos grandes líneas contrapuestas. En realidad, se trata de dos corrientes convergentes: el nacionalismo nutriéndose del arsenal menchevique y el stalinismo. Determinadas circunstancias ocasionales las ubicaron en trincheras opuestas, pero bien pronto volvieron a cooperarse activamente en la lucha diaria ("DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DEL MNR", XIII Conferencia Nacional).

La idea central del nacionalismo, de sus expresiones derechistas o izquierdistas, consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas (superar el atraso) dentro del capitalismo y con la cooperación imperialista. El antiimperialismo de la burguesía nacional, que puede entrar en fricción con la metrópoli, se limita a proponer un reacondicionamiento de las relaciones entre la colonia y su opresor foráneo, pues no tiene el menor propósito de acabar con la propiedad privada. La teoría stalinista de la revolución democrática (revolución por etapas) sostiene, en último término, lo mismo.

Cuando los epígonos de Stalin teorizaron acerca del rol aún progresista y revolucionario de la burguesía nacional o de una parte de ella, civil o militar, estaban pensando en que los países atrasados no podían saltar la etapa del pleno desarrollo capitalista. Esta argumentación aproxima a las tendencias nacionalistas y stalinistas. Los Partidos Comunistas, cuando se refieren a las semicolonias y colonias, no hacen otra cosa que ofrecer la versión modernizada del pensamiento menchevique, que reduce al proletariado a la humilde condición de sostén de la burguesía desde el flanco izquierdista.

En diciembre de 1942 tuvo lugar "la huelga del estaño". Los mineros, hasta ese momento fuertemente influenciados por el PIR. y buscando mejoras salariales, protagonizaron las demostraciones multitudinarias que culminaron en la huelga sangrientamente reprimida por el ejército oligárquico en la masacre de Catavi. La lucha, que comenzó como un enfrentamiento obrero-patronal, bien pronto adquirió contornos antigubernamentales y antiimperialistas, lo que le obligó a chocar con el Partido de la Izquierda Revolucionaria y a distanciarse de él, que acababa de acuñar la especie de que todo pedido de aumento salarial y las huelgas no hacían

otra cosa que boycotear a la democracia imperialista y apuntalar al fascismo. Una acción auténticamente proletaria, que por ser tal puso en evidencia la posibilidad de enseñorearse sobre todo el país y de chocar frontalmente con el régimen rosquero del general Peñaranda, se produjo y desarrolló contra los proyectos políticos del stalinismo. En este acontecimiento estaban encerrados en germen todas las posibilidades del futuro desarrollo político.

El stalinismo ni siquiera cuando se alió con la rosca traicionó su línea política fundamental, no hizo más que mantenerse fiel a su programa de sometimiento a la burguesía nacional; el que hubiese creído poder descubrir a la burguesía "progresista" en el seno de la gran minería fue consecuencia de circunstancias políticas coyunturales. La ausencia de una capa social "progresista" no permite funcionar a la revolución burguesa. La actitud del PIR., inevitable para una organización dispuesta a materializar la línea de Moscú, dejó virtualmente sin dirección a las masas trabajadoras. Algo más grave, las instituciones populares y sindicales controladas por el stalinismo, como la CSTB y los comités tripartitos de obreros, estudiantes y maestros, creados en la IV Convención de la FUB de 1938 (FUB, "PROGRAMA DE PRINCIPIOS", redactado por el entonces porista E. Ayala), se emplearon a fondo en la tarea de empujar a las masas hacia las posiciones de la rosca, lo que motivó que siguiesen las directivas impartidas por sus propios explotadores.

Lo anterior explica por qué la agitación social le sirvió al MNR, agrupación sin grandes pretensiones populares hasta ese momento, para convertirse en portavoz de importantes grupos obreros. La interpelación alrededor de la masacre de Catavi y las movilizaciones que se desarrollaron al mismo tiempo, convirtieron al MNR en fuerza política de gran importancia. Las masas, decepcionadas de la política prorosquera del PIR, concluyeron siendo atraídas por la organización que respondía a los intereses generales de la burguesía nacional

El golpe de Estado consumado por el bloque Radepa-Movimiento Nacionalista Revolucionario (diciembre de 1943) determinó que los explotados tuviesen nuevamente que vivir la experiencia nacionalista, a fin de poder madurar para su delimitación clasista, en medio del conglomerado popular que comenzó a moverse alrededor de las postulaciones del nacionalismo de contenido burgués.

El gobierno Villarroel-Víctor Paz fue tímidamente reformista y se apresuró en presentarse como demócrata y fiel a los designios de Washington; sin embargo, apareció ante los explotados como su defensor, esto porque no tuvo más remedio que enfrentarse con la oposición rosquera y stalinista. Que el PIR sólo buscaba ponerse al servicio de la burguesía quedó evidenciado pronto. En los primeros momentos, Arze ofertó a su partido como colaborador del nuevo régimen surgido de un cuartelazo y no de elecciones democráticas. Cuando Villarroel, seguramente por iniciativa del MNR, rechazó la propuesta, el stalinismo ejecutó un brusco viraje buscando entenderse con la rosca y sugirió al Departamento de Estado de los EEUU no reconocer a Villarroel mientras no diese pruebas fehacientes de su carácter democrático y que debían consistir en la inclusión en los ministerios a los representantes del PIR y de la CSTB.

El stalinismo apareció como salvaguarda de la democracia, lo que probaba que ya nada tenía que ver con la causa del proletariado.

Buscando fortalecerse política y socialmente frente a la arremetida sin tregua del eje rosca-stalinismo, el gobierno tuvo el tino de organizar a los mineros, sector fundamental del proletariado que hasta ese momento se encontraba al margen de las centrales obreras. Era claro que el oficialismo buscaba movilizar y controlar políticamente a los trabajadores para neutralizar la acción de la CSTB y de la rosca. Con la misma finalidad auspició la realización un congreso campesino. No buscaba libertar a los explotados, sino mejorar sus salarios y sus condiciones de trabajo, concesiones imprescindibles para garantizar el apoyo político de las masas que instintivamente repudiaban a la rosca. Las masas no tuvieron que vivir nuevamente su experiencia bajo un gobierno popular del enemigo de clase partiendo de cero; lo sucedido entre 1943-46 se dio en un plano político superior y condujo a la clase obrera a plantearse la necesidad de reestructurar a los movimientos sindical y socialista bajo su hegemonía. Esto fue posible gracias a toda la experiencia acumulada anteriormente.

En los primeros momentos, las masas y particularmente los mineros, que marcarán el compás a todas las transformaciones políticas, consideraron al gobierno nacionalista como suyo, que no podría menos que satisfacer sus más premiosas e inmediatas necesidades y consumir su liberación junto a la liberación nacional de la opresión imperialista. Estas ilusiones fueron desmedidas y, por esto mismo, la frustración adquirió contornos dramáticos. La capacidad del oficialismo para mejorar la vida y el trabajo de los obreros y de la mayoría nacional resultó muy limitada porque no deseaba ni podía eliminar a los empresarios privados del proceso de producción y no entraba en sus planes la estatización de las ramas fundamentales de la economía, que podía convertir al Estado burgués en el más importante propulsor del desarrollo de las fuerzas productivas. Las migajas dejadas por la gran minería no permitían atender las necesidades del grueso de la población y ni siquiera de la fuerza de trabajo directamente explotada por aquella. El nacionalismo puso remedio al gran mal que se deriva del poco desarrollo capitalista del país, pues no se trata sólo de un problema de buena distribución del presupuesto nacional y de los ingresos en general, sino de que éstos son extremadamente reducidos frente a las necesidades nacionales (Lora, "CRISIS ECONÓMICA ESTRUCTURAL").

Era evidente que los nacionalistas, soslayando la presión de las masas, no tenían el menor interés ni capacidad para romper con el imperialismo y expulsarlo, contrariamente estaban interesados en ganar su confianza, lo que podía lograrse sólo a cambio de serias concesiones, que fueron rápidamente hechas. Resultaba palpable, a medida que pasaba el tiempo, que ni el país y menos la clase obrera, lograran libertarse bajo el ala protectora de Gualberto Villarroel y de Víctor Paz, que estaban orgullosos de haber convertido a los explotados en demócratas químicamente puros, plano en el que entraron en competencia con la rosca y el stalinismo.

La decepción, muy acentuada en los sectores más avanzados de la clase obrera, se tornó rápidamente en acentuada desconfianza frente a los pasos que venía dando el gobierno y en inquietud acerca del porvenir de la clase. Este clima que reinaba en el seno de parte de las masas permitía plantear los problemas de la revolución en términos nuevos y había la posibilidad de que las respuestas marxistas que pudiesen darse encontrasen la debida receptividad entre los explotados. En el ambiente flotaba la necesidad de nuevas posiciones políticas, que necesariamente debían ser mucho más atrevidas que las formuladas por el nacionalismo, que estaba fracasando en el poder, y por el stalinismo que según la opinión general había traicionado sus promesas revolucionarias.

Lo anterior permite comprender por qué en el seno de las capas avanzadas de los mineros, de la FSTMB, que sólo dos años antes había sido organizada por el gobierno, apareciese una oposición izquierdista al nacionalismo encarnado en Villarroel-Paz. Efectivamente, en marzo de 1946, en el Tercer Congreso de la flamante FSTMB, conocida como incondicionalmente oficialista, los cuadros más atrevidos de su vanguardia, aquellos que en alguna forma se habían relacionado con grupos marxistas, denunciaron al gobierno, cuando éste todavía mantenía parte de su popularidad, como extraño a sus intereses históricos e incapaz de dar adecuadas respuestas a sus necesidades inmediatas, imposibilitado de consumir la liberación nacional y social. La denuncia apareció ante el grueso de los observadores como sindicación de traición a promesas hechas demagógicamente. Sólo aquellos obreros que habían comenzado a ser educados por el POR sabían que la quiebra del gobierno nacionalista de contenido burgués no hacía otra cosa que confirmar la ley más general de las revoluciones en los países atrasados: los movimientos nacionalistas (nación oprimida) dirigidos por la burguesía están condenados a sustituir su histeria antiimperialista con una política obsecuentemente servil frente a la metrópoli, lo que les obliga a volcar la represión estatal contra las masas (Lora, "HISTORIA DEL POR").

Lo dicho y acordado en Catavi, en franca beligerancia con las opiniones del oficialismo, adquirió enorme significación porque comenzó señalando, por primera vez, una particular finalidad estratégica para la clase obrera: la revolución y dictadura proletarias. No se trató simplemente de recobrar la independencia de clase en el plano meramente sindical, sino que se sentaron las bases de una política propia del proletariado y de la necesidad de que se transformase en caudillo nacional. Esta tendencia buscaba pasar por encima del nacionalismo que aún era gobierno y superó cualitativamente todo lo que venía pregonando la izquierda desde mucho tiempo atrás.

A la estrategia de la revolución y dictadura proletarias, en cuya base se colocó a la alianza obrero-campesina y a la necesidad de ganar a la mayoría de la clase media de las ciudades, correspondió la enunciación de los métodos de lucha propios de la clase obrera: la acción directa de masas en sus múltiples manifestaciones.

Acaso la novedad más sorprendente consistió en que la promesa del socialismo, como era corriente en los medios izquierdistas, no era hecha para un FUTURO INDETERMINADO, sino como el resultado de la lucha cotidiana de las masas por la satisfacción de sus necesidades más premiosas y sin que sea necesario que anteladamente se preparen como socialistas o para cumplir el papel mesiánico de estadistas, como normalmente plantean los reformistas, que quieren cualquier cosa menos la revolución. En el viejo movimiento socialista se prestaba mucha atención a la lucha por las reivindicaciones inmediatas, al programa mínimo, y se reservaban los objetivos socialistas para las calendas griegas: la estrategia era nada y todo se limitaba a la táctica, a la menuda maniobra, al planteamiento pueril, base del reformismo.

Ya entonces las grandes empresas mineras comenzaron a utilizar la amenaza del cierre de sus instalaciones con miras a obligar a los trabajadores a retroceder y a abandonar sus planteamientos de mejoras. En Catavi se dijo que al boicot patronal, autorizado por la ley, se debía responder con la ocupación de las minas bajo control obrero, para dar a entender que se desconfiaba de lo que pudiese hacer el gobierno y que se buscaba que las minas pasasen a manos de los trabajadores. Las

circunstancias precisas que imperaban en ese momento obligaron a dar esa versión particular a la vieja consigna de nacionalización de las minas -eso fue la demanda de su ocupación por los trabajadores- requisito indispensable para asestar un rudo golpe al superestado explotador y opresor.

Los acuerdos de Catavi que fueron adoptados en el marco sindical, estrecho de por sí, no tardaron en convertirse en tendencia que pugnaba por expresarse nacionalmente. Esta circunstancia está demostrando que se logró dar expresión política a lo que era ya potencialmente respuesta a preguntas que formulaba la propia realidad política; la respuesta aparecía como necesidad histórica que correspondía al desarrollo de la clase obrera.

2

SIGNIFICACIÓN DE LA TESIS DE PULACAYO

El nacionalismo encarnado en el gobierno Villarroel no tuvo el tiempo suficiente para cumplir todo su ciclo, sin embargo lo que hizo y dejó de hacer ya expresaron como anticipo su verdadera esencia burguesa, sus limitaciones congénitas, su vocación hacia la claudicación frente al poderío del imperialismo y su destino de volcar su capacidad represiva contra las masas, sus aliadas hasta ese momento (Lora, "LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA").

La conspiración del bloque stalinismo-rosca, que venció porque atrajo hacia sus posiciones a parte del ejército, inclusive a algunos de los ministros uniformados, precipitó la caída prematura del nacionalismo, porque así se lo imponía la defensa de sus intereses que los creía amenazados por la radicalización de las masas alineadas detrás del gobierno. A pesar de que eran evidentes la existencia y movimientos de la oposición obrera de izquierda, se puede decir que el MNR cayó del poder, en julio de 1946, con las banderas intactas, como promesa política frente a la desesperación de los explotados. No se llegó a la evidencia incontrovertible sobre la caducidad de esa variante de la burguesía nacional. De esta manera quedaba en pie la posibilidad del retorno del nacionalismo al poder a la cabeza de las masas radicalizadas. Posibilidad que se potenció y se hizo realidad debido a la posición antiobrera y ronquera del stalinismo. El hundimiento del PIR como dirección de izquierda abrió las puertas del éxito al nacionalismo movimientista.

En las cumbres gubernamentales se precipitó la pugna MNR-Radepa, al extremo de que el primero fue obligado a abandonar el equipo ministerial, lo que muchos interpretaron como abierta concesión política a la rosca. Para los obreros pasó desapercibida esa pugna, no apoyaron a uno de los contendientes contra el otro, sino que tomaron al gobierno nacionalista como un todo e identificaron a los portavoces de Radepa, cuya naturaleza no era evidente para todos, con la dirección del MNR. Esto facilitó que un poco después el partido de Paz Estenssoro pudiese aparecer enarbolando como bandera propia el nombre de Villarroel. La parte más esclarecida de la vanguardia proletaria lanzó sus reparos y sus críticas contra el nacionalismo en su conjunto, por considerar que había fracasado y que no pudo materializar su programa inicial.

Las circunstancias en las que se produjo el derrocamiento de Villarroel y el hecho de que le siguiese un gobierno de inconfundibles, rasgos restauradores, radicalizó a los explotados y les obligó a revisar sus acres críticas al nacionalismo. Este proceso tuvo resultados contradictorios: radicalizó a las masas al extremo de que mostraron su disposición de apoderarse de las respuestas que entroncaban en los acuerdos de Catavi; al mismo tiempo se identificaron con el gobierno depuesto y le atribuyeron a Villarroel su propio programa, el de la revolución proletaria. Tales los antecedentes de la confusión política que dominará el desarrollo político posterior, inclusive hasta después de 1952. En esas circunstancias excepcionales, cuando el stalinismo estaba en el gobierno rosquero y cuando la plana mayor del MNR se encontraba marginada del escenario político, tiene lugar el congreso de la FSTMB de Pulacayo (Lora, "DEFENSA DE LA TESIS DE PULACAYO"). La minoría porista que venía trabajando en las filas obreras desde los años cuarenta, logró empujarse desde el escenario de la impresionante mole metalífera y apareció como el portavoz político de los mineros, que es tanto como decir del proletariado boliviano. Su mensaje trasmontó la cordillera de los Andes y encontró resonancia en el ámbito continental.

La Tesis de Pulacayo importó una verdadera revolución teórica y política y no tardó en dividir a la mayoría nacional entre los partidarios y adversarios de sus consignas centrales. La nación oprimida se vio colocada ante la disyuntiva de seguir al proletariado, respuesta a sus frustraciones, o persistir en su papel de seguidor de la burguesía. Todas las nociones ideológicas y políticas consideradas intangibles, fueron sometidas a severa crítica como expresiones de la política del enemigo de clase. La proclama minera influencia decisivamente en el proceso cultural del país.

La Tesis no fue redactada por los obreros del montón y ni siquiera de la vanguardia, pues sus ideas corresponden a lo más elevado del marxismo y su estilo es propio de los medios políticos más que de los sindicales. Un auténtico documento sindical no siempre puede ser indefectiblemente de factura laboral, aunque puede darse este caso. Este no es más que el aspecto formal del problema; lo que importa es su contenido y saber si correspondía o no a las necesidades políticas generadas por el desarrollo de la clase. El mencionado programa salió de la pluma de los activistas que pertenecían al POR; es político y no estrictamente sindical por sus objetivos y su contenido.

Los obreros radicalizados se lanzaron a luchar contra el gobierno rosco-stalinista. Como estaba ausente la influencia distorsionadora del nacionalismo burgués, la movilización de las masas por los canales de la acción directa permitió que éstas se apropiasen de la estrategia proletaria, estaban seguras que su lucha cotidiana les conduciría a su gobierno propio. La Tesis de Pulacayo dio expresión política al instinto de clase, a lo que era elementalidad en los obreros y que en ese momento se exteriorizaba sin cortapisas de ninguna especie.

La acción directa, la lucha revolucionaria, los métodos de lucha propios del proletariado, fueron contrapuestos al reformismo parlamentarista.

La Tesis de Pulacayo, siguiendo los acuerdos de Catavi, apareció como un programa de reivindicaciones transitorias y en esta medida se inspiró en el método que informa el Programa de la Cuarta Internacional, cuyo objetivo central es reivindicar el marx-leninismo frente al revisionismo contrarrevolucionario del stalinismo, asimilar las lecciones del movimiento revolucionario mundial. Es absurdo sostener que en

Pulacayo todo se limitó a copiar el documento de Trotsky, esto no era posible porque se trataba de dar una respuesta política revolucionaria con ayuda del marxismo, se trataba de interpretar la realidad nacional y ajustar a ésta la perspectiva de lucha. La Tesis resulta original aunque tome el método del escrito de Trotsky e inclusive algunas de sus consignas, como las famosas escalas móviles de salarios y de horas de trabajo. La historia política boliviana cambia de rumbo en el momento en que la Tesis tipifica al país como capitalista atrasado.

3

EL PROLETARIADO LÍDER DE LA NACIÓN OPRIMIDA

La Tesis de Pulacayo hizo avanzar políticamente a la clase obrera y a las masas en su conjunto. La conciencia de clase conoció un enorme avance, aunque no el suficiente para que permitiese el fortalecimiento del partido revolucionario y la conquista del poder por el proletariado, como demostraron las jornadas de abril de 1952.

La enunciación de una ideología netamente proletaria (decidióse reorganizar el movimiento sindical alrededor del asalariado) modificó profundamente la mecánica de clases dentro de la nación oprimida y también las perspectivas políticas de ésta. Anteriormente se sostenía que la opresión imperialista obligaba a las clases sociales a unirse en un solo bloque, a posponer sus intereses particulares en beneficio de los nacionales, todo bajo la dirección de la burguesía. La opresión imperialista; que anulaba la lucha de clases, sería la causa para que el proletariado no pudiese llegar a ser caudillo nacional. La alianza de clases, que corresponde a la esencia de la nación oprimida, era presentada como impropia y opuesta a la estrategia del proletariado, que se la consideraba como la implantación del socialismo sin atenuantes.

La Tesis de Pulacayo partía de la certidumbre de que la opresión imperialista acentuaba la lucha de clases, pues plantea la cuestión de saber qué clase es capaz de consumir la liberación nacional, de dirigir a la nación oprimida hacia esta meta.

En Pulacayo se dio por sentada la caducidad de la burguesía nacional para el cumplimiento de sus propias tareas y el desplazamiento de éstas a las manos del proletariado minoritario, lo que no podía menos que modificarlas profundamente. El liderazgo de la clase obrera sobre las masas no significaba pretender saltar por encima de las tareas democráticas incumplidas, sino realizarlas de la única manera que cabe en nuestra época: a través de la dictadura del proletariado, asentada en las organizaciones de masas y utilizando los métodos socialistas. La estrategia del proletariado permitía la realización de las grandes tareas nacionales. La nación oprimida se ve obligada, en cierto momento, a expresar sus intereses por medio de la clase obrera, que no por ser portavoz de aquella pierde sus rasgos de clase, sino que para cumplir debidamente su misión se ve obligada a delimitarlos claramente.

La dirección burguesa de la nación oprimida es real mientras el proletariado permanece diluido en su seno. A su vez la nación oprimida no podrá ir más allá de la revolución democrática. Seguirá siendo nación oprimida en la medida en la que la burguesía, lejos de romper las cadenas de la opresión imperialista, está condenada a capitular frente a la metrópoli saqueadora y opresora.

El desarrollo de la conciencia de clase del proletariado plantea la inevitabilidad, no sólo la posibilidad, de que devenga dirección política de la nación oprimida y de que así ésta protagonice la revolución proletaria. Se modifican la mecánica dentro de la alianza de varias clases sociales y el papel que cumplen éstas en el proceso de transformación revolucionaria. Todo esto sólo es posible si la clase obrera logra derrotar políticamente a la burguesía, para así arrancarle el control de las masas en general, si tiene la capacidad de oponerle un programa revolucionario.

La Tesis de Pulacayo pagó muy caro determinada influencia negativa del troskismo internacional. Fijó como táctica para la atrasada Bolivia el frente único proletario y no el antiimperialista como correspondía. Este equívoco fue una de las causas que impidió la poderosa estructuración del partido revolucionario. Las masas movilizadas alrededor de las consignas fundamentales de la Tesis siguieron cauces muy diferentes al frente único de clase. El error contribuyó, en alguna forma, al aislamiento de la clase obrera del resto del país. Como salvedad se puede recordar que persistió machaconamente sobre la necesidad de plasmar en realidad la alianza obrero-campesina.

Lo anterior ha quedado evidenciado en la larga discusión habida entre el POR y las tendencias trotskystas internacionales, que invariablemente confundieron frente antiimperialista con la táctica contrarrevolucionaria del frente popular.

La táctica del frente antiimperialista emerge de la movilización de la nación oprimida y por corresponder a ésta pueda ser planteada desde dos puntos diferentes. Si la dirección de las masas sigue aún en manos de la burguesía, el frente antiimperialista, además de estar condenado a la frustración como consecuencia de la caducidad de la burguesía, plantea como su meta final la liberación nacional y el utópico desarrollo capitalista pleno del país, siendo una de sus emergencias el establecimiento de la democracia formal o burguesa. Cuando el proletariado logra erigirse en caudillo nacional, el frente antiimperialista, que sigue siendo una alianza de clases, se orientará de acuerdo a la estrategia de aquel, lo que importa decir que los objetivos propiamente antiimperialistas y particularmente la liberación nacional, adquieren el carácter de simples tareas de la revolución proletaria (Lora, "DE LA ASAMBLEA POPULAR AL GOLPE FASCISTA").

La Tesis de Pulacayo planteó novedosamente la verdadera relación revolucionaria entre proletariado y nación oprimida: no bien el primero logra emanciparse dentro de la alianza de clases se encamina con firmeza a convertirse en dirección de las masas en general y de esta manera el cumplimiento de las tareas democráticas impone la necesidad de que la clase obrera, a la cabeza de las masas, conquiste el poder y logre el desarrollo de las fuerzas productivas.

Este trastrocamiento de la mecánica de clases se convierte en el requisito indispensable para hacer posible la consumación de la revolución protagonizada por la nación oprimida. Tan importante como la victoria misma de la revolución es la evolución de la conciencia de clase del proletariado, pues sólo siguiendo este camino puede concluir emancipados de la influencia de las otras clases sociales, para luego cumplir su papel de liberador de éstas. Es fácil comprender la trascendental importancia que tiene la existencia del partido, que debe entenderse sobre todo como programa, como idea llamada a convertirse en fuerza material no bien se enseñoree sobre las masas. La existencia del programa de partido significa que ha sido elaborada la teoría de la

revolución, que el método del marxismo ha sido bien empleado para el conocimiento de la realidad nacional (Lora, "FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA BOLIVIANA").

La emancipación del proletariado de las otras clases sociales y el planteamiento de su hegemonía sobre la nación oprimida, cuya expresión más elevada es, precisamente la alianza obrero-campesina, sentaron las bases para permitir asegurar la futura victoria de la revolución proletaria.

La profundización de este problema y la respuesta que se le dé constituyen aportes valiosísimos para el avance de la politización de la vanguardia revolucionaria.

4 DIFERENCIACIÓN DEL PROLETARIADO CON LOS GOBIERNOS MOVIMIENTISTAS

Los acontecimientos del sexenio rosquero demostraron que la confusión política en la cabeza de los trabajadores y en la de las masas, consecuencia del proceso histórico, no pudo ser superada con la simple difusión del texto y de las consignas de la Tesis de Pulacayo o con ayuda de la abundante propaganda trotskysta y que demostraba que el nacionalismo, dada su naturaleza clasista, no tenía posibilidades de cumplir el programa antiimperialista y revolucionario de Pulacayo y que estaba condenado a capitular ante la metrópoli yanqui. La falla de todo el proceso radicaba en que la evolución de la conciencia de clase no llegó a niveles muy elevados, de manera que permitiese que los explotados desembocasen en su propio partido.

Volvió a imponerse la necesidad de que las masas viviesen la experiencia de un otro gobierno nacionalista, que aquellas lo consideraron como obrero y capaz de liberar al país y a los explotados. Había que volver a demostrar que el camino del nacionalismo no llevaba a esas finalidades, sino a la agravación del sometimiento a la metrópoli imperialista. El partido revolucionario, reducido a una minoría, tenía la tarea concreta de ayudar a las masas a vivir esta experiencia en el menor tiempo posible, utilizando, principalmente, la crítica y la autocrítica.

Se puso en pie la cuarta central obrera de la historia, incluida la CON, como resultado de la acción exclusiva de las masas, sin que el gobierno hubiese tenido mayor participación. La CNT de los años veinte también apareció así, pero no fue la expresión de una poderosa movilización de las masas. La COB vino al mundo como organización soviética, planteó y ejerció la dualidad de poderes, que luego se resolverá en favor del gobierno nacionalista. Estos rasgos pueden ser considerados los primeros gérmenes de diferenciación de los explotados con relación de una dirección política que les era extraña.

Con todo, fue necesario que los explotados viviesen la experiencia de la conducta antinacional y antiobrera de los regímenes nacionalistas, de los derechistas y de los de centro. Este proceso tomó a las masas permeables ante la propaganda revolucionaria, que partió del balance de las traiciones movimientistas.

Los obreros siguieron todos los recodos de la lucha interna del nacionalismo. En 1956 aparecen claramente colocados frente al gobierno movimientista y predispuestos

a marchar hacia la izquierda, esto es posible porque el presidente derechista Siles verifica un osado viraje hacia las posiciones francamente proimperialistas y arremete vigorosamente contra la clase obrera y sus organizaciones, buscando despojarla de sus conquistas. Los obreros se diferenciaron con nitidez de la orientación seguida por el nacionalismo (Tesis de Colquiri, por ejemplo) y en esta medida se encaminaron hacia el reencuentro con la Tesis de Pulacayo, la gran referencia estratégica en la lucha diaria. La negación del nacionalismo se dio a través del fortalecimiento de la izquierda movimientista, del lechinismo, que siguió una ruta extraviada, pretendiendo sobremontar el escollo burgués transformándose en la expresión más peligrosa del nacionalismo, esto por aparecer disfrazada con ropaje marxista y hasta trotskyzante. La diferenciación política con el MNR clásico importó afirmar la independencia de clase e impulsar el desarrollo de la conciencia clasista hacia adelante, pero este proceso no fue muy lejos para permitir distinguir al enemigo que actuaba en las mismas filas obreras. Lechin y sus partidarios, probando su oportunismo, se desplazaron atrevidamente hacia la izquierda, hacia las posiciones poristas, apareciendo en virtual frente con los marxistas, lo que acentuó la confusión e impidió que los trabajadores fuesen al encuentro de su verdadero partido político.

El segundo gobierno de Víctor Paz Estenssoro, apuntalado por el lechinismo, pretendió rectificar la política derechista de Siles Zuazo. Las ilusiones sobre el izquierdismo de Paz no tardaron en esfumarse. La avanzada obrera, es decir la minera, relativamente aislada de las ciudades, persistió en su ataque al movimientismo y pugnó por ganar al país para sus posiciones marcadas de fuerte color clasista. Es de la izquierda que se levanta la voz admonitoria que alerta acerca del tremendo peligro que significaba la presencia y rápido ascenso de la derecha uniformada, destinada a acentuar mucho más las tendencias derechistas que ya se movían en el seno del MNR y que no podían menos que traducirse en medidas fascistas de gobierno. Esta actitud, no antimilitar en abstracto sino de repudio al gorilismo de manera concreta, fue posible porque no era más que el remate de todas las batallas libradas alrededor de la necesidad de poner a salvo la independencia de clase. Ni los virajes izquierdizantes de la dirección emenerista y tampoco los desplantes del lechinismo pudieron distorsionar la prédica de la avanzada obrera, que ya se había colocado mucho más adelante que el nacionalismo en su conjunto, incluida su izquierda errátil. Se siguió manteniendo en primer plano la tendencia obrera a convertirse en dirección de la nación oprimida y a llevarla más allá de los límites capitalistas. Por esto mismo, las acciones de las masas en las calles se distinguieron por su radicalismo, por colocar en primer plano la acción directa y sobrepasar el marco nacionalista. La burguesía nacional y el imperialismo comprendieron que estaban perdidos porque ya no contaban con recursos democratizantes ni civiles para contener, a través del diálogo, a las masas desorbitadas. Por esto el Pentágono ideó y dirigió el golpe de Estado protagonizado por Barrientos y Ovando de la célula militar del MNR, extrañamente apuntalados por un vasto frente civil que comprendía a la reacción extrema junto a los Siles y los Lechin. La "izquierda" y la derecha encontraron a un enemigo común, el gobierno Paz, para unirse en Santa Alianza al servicio del imperialismo. Los dirigentes nacionalistas aparecieron desamparados, sin posibilidades de negociar el apoyo popular con los golpistas y por eso fueron reprimidos. No lograron arrastrar a las masas hacia las posiciones oficialistas, pero estrangularon un proceso que se encaminaba hacia soluciones revolucionarias. La "izquierda" y la derecha volvieron a formar otra Santa Alianza el 25 de marzo de 1980.

5

LA ASAMBLEA POPULAR

Los gobiernos nacionalista de izquierda de Ovando y Torres, oscilantes y contradictorios, a diferencia de lo sucedido bajo los gobiernos del MNR, no lograron desorientar a las masas y llevarlas hasta sus posiciones. La izquierda, incluido el lechinismo, fuertemente presionados por el Partido Obrero Revolucionario, no se emplearon a fondo en su tarea de subordinar a los explotados a la política burguesa. Los explotados pasaron de largo frente a las experiencias nacionalistas, en busca de su propio objetivo, de un gobierno propio.

Estos antecedentes explican la aparición de la Asamblea Popular, como órgano de poder de las masas, es decir como organización soviética, que abrió la perspectiva de la conquista del poder por la clase obrera convertida en dirección de la nación oprimida por el imperialismo. Nos encontramos no solamente ante la máxima creación político-organizativa de las masas, sino ante la constatación de la posibilidad de la conquista del poder por los explotados y oprimidos, que se da como resultado de la lucha cotidiana de la nación oprimida. La Asamblea Popular, igual que el Frente Revolucionario Antiimperialista, importaron la subordinación de la izquierda a la estrategia y a los métodos de lucha del proletariado, ciertamente una subordinación forzada y coyuntural. Estos resultados fueron posibles porque la nación oprimida marchaba detrás de la clase obrera, de su política revolucionaria.

Nunca es suficiente recalcar que la Asamblea Popular y el Frente Revolucionario Anti-imperialista se constituyeron como expresiones del frente antiimperialista subordinado a la política del proletariado, no se trató de un frente de izquierdas abstracto. En resumen, la nación oprimida concluyó alineándose detrás de los objetivos revolucionarios de la clase obrera.

Hasta entonces, nunca había quedado tan clara la verdadera relación que debe existir entre el proletariado y la nación oprimida, esto si se quiere asegurar la victoria de la lucha de los oprimidos.

Es preciso tomar en cuenta que el proceso de ascenso revolucionario fue truncado por el golpe de Estado gorila del 21 de agosto de 1971. La necesidad inaplazable de luchar por la vigencia de las garantías constitucionales y de las conquistas sociales llevó a las masas por un instante a colocarse en la misma trinchera que la ocupada por la burguesía democratizante, lo que determinó que los explotados perdiesen momentáneamente su independencia de clase y la propia hegemonía proletaria sobre la nación oprimida. Nuevamente se tuvo que vivir una etapa en la cual la clase obrera apareció disuelta en el seno del gran frente nacional, de la alianza de clases, sin fisonomía propia, extraña a la ideología revolucionaria y enarbolando ideas ajenas a su pasado y a sus intereses históricos. La "izquierda" se derechizó al esmerarse en cumplir a plenitud el proceso.

Las necesidades de la lucha cotidiana, la acentuación de la miseria, y el comienzo de un nuevo ascenso empuja a las masas a retornar hacia el polo revolucionario.

Abril de 1980.